

---

# QUIEN DA LUEGO DA DOS VECES

---

Personas que hablan en ella:

- **Doña ELENA**
- **MARGARITA**
- **CALVETE**
- **Don LUIS**
- **Don DIEGO**
- **MARCO Antonio**
- **PEYNADO**
- **EI MARQUÉS**
- **EI PRÍNCIPE de Parma**
- **CLAUDIA**
- **JULIO**
- **CARLOS**
- **FABIA**
- **Dos LABRADORES**

---

## JORNADA PRIMERA

---

*Salen don LUIS, estudiante, y MARGARITA,  
dama*

LUIS: Por vida vuestra...

MARGARITA: Es en vano.

LUIS: Sólo un rato.

MARGARITA: Ni un instante.

LUIS: Trato tengo cortesano.

MARGARITA: Sois español y estudiante,  
iréis del pie a la mano;  
idos, o haré que os vais. ¡Hola!

*Da voces*

La quinta ha quedado sola.

LUIS: Noble soy, perded el miedo.

MARGARITA: Siendo mujer ¿cómo puedo,  
si la licencia española  
conozco y su inclinación?

LUIS: Pues ¿qué tiene?

MARGARITA: Es tan extraña,  
que, según nuestra opinión,  
nunca echó de ver España  
si era calva la Ocasión.

LUIS: Cortedad es el perdella  
cuando nunca usaron de ella  
manchando vuestro valor.

MARGARITA: Luego echáis la culpa a Amor  
y decís que os atropella;  
basta lo que habéis hablado

y que con miedo os he oído.

LUIS: ¿Palabras miedo os han dado?

MARGARITA: Siempre las de España han sido  
obras, según me han contado,  
y no son recelos vanos,  
porque acá los italiános  
dicen, aunque no de miedo,  
que tenéis los de Toledo  
hasta en las palabras manos.

LUIS: Allá el decir es hacer;  
pero aunque este nombre cobran,  
nunca saben ofender.

MARGARITA: Con palabras que tanto obran  
mal parece una mujer,  
y por esto no os consiento  
que me habléis.

LUIS: ¿Qué detrimento  
corréis si palabras son  
viento vano?

MARGARITA: Hay opinión  
que en España engendra el viento.

LUIS: Es verdad. Andalucía,  
de Marte y Minerva madre,  
caballos veloces cría  
que al viento tienen por padre.

MARGARITA: Luego la sospecha mía  
no es mucho llegue a temer  
que aquí me habléis, pues con ser  
palabras viento en el mundo,  
si el de España es tan fecundo  
riesgo corre una mujer.

LUIS: Yeguas paren en España  
del viento, mujeres no.

MARGARITA: Esa opinion os engaña,  
porque si el viento adquirió  
virtud tan nueva y extraña  
con los brutos sin razón,  
y para su perfección  
basta el aire que no calma,  
¿qué harán palabras con alma,

y más si españolas son?

LUIS: No corre ese riesgo en vos,  
que os hizo de bronce Dios.

MARGARITA: Idos, o iréme...

LUIS: Un oído  
sólo de limosna os pido.

MARGARITA: Si no tengo más de dos,  
¿por qué me pedís el uno?

LUIS: Porque mis quejas entienda.

MARGARITA: No he visto yo pobre alguno  
que la mitad de la hacienda  
pida.

LUIS: Soy pobre importuno.

MARGARITA: De limosna os lo concedo;  
abreviad, que atenta quedo.

LUIS: Un año ha, señora mía,  
que dejé la patria mía,  
ya vos sabéis que es Toledo.  
La mocedad, que violenta  
consejos de un padre dados,  
que con su nobleza intenta  
dejarme diez mil ducados,  
entre otra hacienda, de renta,  
me obligó a ver novedades  
de Italia, cuyas ciudades,  
letras, armas, bizarría,  
autoridad, policía,  
nobleza y antigüedades  
hacen venir a ofrecerla  
y rendirle la ventaja  
a cuantos vienen a verla,  
pues dicen que Europa es caja  
y en ella Italia es la perla.  
Gustó de venir conmigo,  
por ver tierras, un amigo,  
mi igual en valor y edad;  
que en la patria es calidad  
el ser un hombre testigo  
de vista en otras naciones  
varias en leyes, y gente

con que en las conversaciones  
convoca auditorio y miente  
sin peligro de objeciones.

Llegamos a Lombardía  
después de ver la abundancia,  
armas, valor, pulicía  
y hermosura con que Francia  
a Venus y a Marte cría.

Y embarcados en Marsella  
hasta Génova la bella  
advertimos lo que puede  
la industria sabia que excede  
la naturaleza en ella.

Vimos al mundo en Milán  
abreviado, su riqueza,  
las armas que se la dan,  
su apacible fortaleza,  
tanto español capitán,  
tanto príncipe de fama,  
tanto caballero y dama,  
tanto mercader copioso,  
tanto edificio suntuoso,  
que, no obstante que se llama

Milán por ser de la tierra  
el epílogo, me fundo  
en decir que en paz y en guerra  
es escritorio del mundo  
donde sus joyas encierra.

Vimos a Bresa, Verona,  
Mantua, Ferrara, Cremona,  
Pavía, Parma, Plasencia,  
Módena, Lodi, Vicencia  
y todo lo que corona

el Tesín y el Po lombardos,  
sin que la inmensa beldad  
de sus ángeles gallardos  
pudiese a la libertad  
enflaquecer los resguardos.

Hasta que, entrando en Bolonia,  
aquí, donde su colonia

tiene Apolo y donde, en suma,  
Atenas rindió su pluma  
y sus armas Babilonia,  
    mirando los privilegios  
que le dio naturaleza,  
sus conventos, sus colegios,  
su gobierno y la grandeza  
de sus edificios regios.

Mientras que los ojos veían  
fábricas que entretenían  
el gusto, entonces en calma,  
asomóse a ellos el alma.  
Cerráranse, pues podían,  
    pero fuera su crueldad,  
y menos daño es, señora,  
que pierda su libertad  
el alma que os ve y adora  
que el no gozar tal beldad.

Vi en vos el mal que contemplo  
por bien, al salir de un templo  
y entrar en una carroza,  
cuarta esfera que el sol goza,  
y alumbra el mundo a su ejemplo.

Y ciego el claro arrebol  
que aquesta hermosura muestra,  
sospeché, a fe de español,  
que era la eclíptica vuestra  
como me vi junto al sol;  
    informéme del estado,  
nombre y valor que os ha dado  
la fama que os acredita;  
sé que os llamáis Margarita;  
que sin padre habéis quedado  
    debajo de la cautela  
de Marco Antonio Gonzaga,  
hermano vuestro, que os cela  
como padre, y es bien lo haga,  
que el cuerdo siempre recela.

Supe que vuestra riqueza  
no iguala a vuestra nobleza,

que es milagro cuando aúna  
con los dotes de Fortuna  
los suyos Naturaleza.

Y supe, en fin, que en beldad,  
en virtudes, en valor;  
nobleza y honestidad,  
sois el ejemplo mayor  
con que se honra esta ciudad.

Viendo, pues, daros la palma  
de todo a todos, en calma  
mi esperanza mal segura,  
adoré vuestra hermosura,  
y vuestra virtud, el alma.

Quedéme aquí con color  
de estudiar, con que gané  
de mis padres el amor,  
y hasta a mi amigo obligué  
que escogiese por mejor

la escolástica apariencia  
a quien, amor reverencia,  
más que galas arrogantes,  
que Amor es dios de estudiantes  
y su facultad ya es ciencia.

Seis meses ha que os molesta  
con los medios que ha podido  
el alma que os manifiesta  
su amor, y no ha merecido  
aun para morir respuesta.

A esta causa vine aquí  
a informaros yo de mí,  
que para pleitos de amor  
no hay mejor procurador  
que el procurar para sí.

Diez mil ducados heredo,  
nobleza los acompaña  
con que pretenderos puedo.  
El nombre que me dio España  
es don Luis de Toledo;

sólo para que me sobre  
todo el bien, falta que cobre

mi dicha la mejor dita,  
que es por dueño a Margarita  
del alma; sin ella, pobre.

MARGARITA: Dejáisme tan obligada,  
señor don Luis de Toledo,  
cuanto imposibilitada  
de pagaros, porque quedo  
de otra obligación prendada.

Porque nunca he confesado  
deudas, que es trabajo inmenso;  
pero vos estáis culpado,  
pues echasteis ese censo  
antes de estar informado  
si hay hipotecas en mí  
con que pagaros, y así  
perderá vuestro caudal  
réditos y principal.

LUIS: Pues la libertad perdí,  
que era la joya mejor,  
ninguna me satisface.  
Pero ¿a quién tenéis amor?

MARGARITA: Notable ventaja os hace.

LUIS: En dicha, si no en valor.

MARGARITA: En todo, y porque cobréis  
sosiego y os consoléis,  
sabed, señor don Lúís,  
que es Dios con quien competís.

LUIS: Luego ¿ser monja queréis?

MARGARITA: Aquéste ha de ser mi estado.

LUIS: ¿Habéis hecho voto?

MARGARITA: Sí.

LUIS: Pues ¿cómo no lo ha estorbado  
vuestro hermano?

MARGARITA: Antes así  
aseguró su cuidado,  
que como falta el caudal  
pará darme esposo igual,  
y la nobléza no es prenda  
que se estima sin la hacienda,  
lleva Marco Antonio mal

el verme mal empleada,  
y así a mi gusto se aplica.

LUIS: Pues ¿es justo, prenda amada,  
que margarita tan rica.  
en hierro viva engastada?  
¿No es mejor engaste el oro,  
pues por mi dueño os adoro,  
de diez mil ducados?

MARGARITA: Ya  
es imposible.

LUIS: ¿Será  
de tanta estima el tesoro  
con que Arabia se enriquece,  
como el que vuestra hermosura  
con vuestra virtud me ofrece?  
¡Mal haya, amén, quien procura,  
cuando casarse apetece,  
dotes de hacienda y riqueza,  
si la virtud y belleza  
dan sus dotes al Amor,  
pues sólo tienen valor  
dotes de naturaleza!

MARGARITA: Mirad que dais que notar  
aquí.

LUIS: ¡Volveos a secar,  
esperanzas mal logradas!

MARGARITA: Palabras al cielo dadas,  
¿quién las osará quebrar?

LUIS: ¿Quién? Una dispensación.

MARGARITA: ¿De religión? Será en vano.

LUIS: Pues, Amor, ¿no es religión?

MARGARITA: Visto nos ha el hortelano.  
Tarde es; que os vais es razón.

*Sale CARLOS, de hortelano*

LUIS: Daros gusto determino,  
si de una mano el divino  
cristal me dejáis besar.

*Tómale la mano y apártalos**CARLOS*

MARGARITA: Daré voces.

CARLOS: ¡Ah, escolar!

¡Que pisáis el lechuguino!

Par Dios que nos dais la vida.

Quitaos, que echáis a perder

la hortaliza.

LUIS: Si perdida

mi esperanza vengo a ver

y seca antes que nacida,

¿qué importa?

CARLOS: ¡Buenas razones!

Tomad con tiempo la puerta,

porque en, tales ocasiones

está temblando la huerta

de escolares y gorriones.

¿Mas que si la quinta cierro

y voy a soltar el perro

que ese quillotro se os quita?

MARGARITA: Adiós.

LUIS: ¡Que tal margarita

guste de engastarse en hierro!

*Vase don LUIS*

CARLOS: ¿Qué es esto, esposa querida?

MARGARITA: Locas diligencias son,

dueño amado de mi vida,

de una vana pretensión,

como tal aborrecida.

CARLOS: ¡Gallardo español!

MARGARITA: Y extraña

locura la que le engaña

si cree que como ciudades

ha de rendir voluntades

la dicha y valor de España,  
 y más llamándoos la mía,  
 dueño suyo un año ha.

CARLOS:     ¿Qué amante no desvaría,  
 y más si mirando está  
 la luz que ese sol le envía?

MARGARITA:     ¿Cuándo, duque de Ferrara,  
 querrá la Fortuna avara,  
 sin que el peligro os asombre,  
 que en público os dé este nombre?

¿Cuándo saldrá la luz clara  
 de vuestra dicha, a pesar  
 de tantos negros nublados  
 que la intentan eclipsar?  
 ¿Y hasta cuándo mis cuidados  
 han de temer y dudar

el poder gozar y veros  
 rotos los trajes groseros  
 con que anda otra vez sujeto  
 el desterrado de Admeto  
 entre toscos jardineros?

Por vuestro hermano menor  
 os veis, duque, desterrado  
 de Ferrara, que señor  
 os llamaba, y vuestro estado  
 da la obediencia a un traidor.

Cargos promete y hacienda  
 a quien os dé muerte o prenda,  
 y el vil interés, que ofusca  
 la razón, dicen que os busca  
 aunque la lealtad se ofenda.

Sola yo, que disfrazado  
 ante ese sayal os vi,  
 porque no andéis desterrado,  
 en vez de Ferrara os di  
 toda el alma en un estado.

Reináis sin pena o temor  
 de que os quite algún traidor  
 la posesión de mis bienes,  
 pues os ha dado en rehenes

mis pensamientos, Amor.

CARLOS: Margarita, muchas cosas  
traigo de que daros cuenta,  
tan nuevas como espantosas  
para vos; estadme atenta,  
que os han de ser provechosas.

¿No fue Filipo Gonzaga  
vuestro padre, el que siguió  
en bandos de Lombardía  
la voz del emperador  
Ludóvico de Baviera,  
que siendo competidor  
contra Federico de Austria  
sobre el imperio bajó  
a Italia, sin estorbarlo  
el papa Juan veintidós,  
que ayudaba a Federico?

MARGARITA: Mi padre le dio favor  
contra el papa y contra el rey  
Ludovico de Valois,  
siguiendo los gibelinos;  
pero caro nos costó,  
pues muerto en una batalla  
que en las riberas del Po  
le dio el príncipe de Parma,  
a quien entregó el bastón  
de la iglesia el papa Juan.  
Quedamos por su ocasión  
sin patrimonio y hacienda;  
y mi hermano, que señor  
fue antes de tres ciudades,  
despojado recogió  
a Bolonia las reliquias  
de su nobleza y valor,  
conservándole cual veis,  
de tal suerte, que hasta hoy  
no ha podido hallar materia  
contra él la murmuración.

CARLOS: Dejó; pues, a vuestro hermano

su noble progenitor  
 la enemistad que al de Parma  
 tuvo como en sucesión;  
 y consévala de suerte,  
 que el más ilustre blasón  
 con que se honra es de enemigo  
 de cuantos le dan favor.

MARGARITA: No es mucho que la venganza

precipite la razón,  
 pues perdimos por su causa  
 hacienda y reputación  
 y lo que es más, a mi padre,  
 pues dándosele a prisión  
 no quiso sino manchar  
 con su sangre su valor.  
 Pero bien nos ha vengado  
 el cielo, pues permitió  
 que el marques de Monferrato,  
 primo del Emperador  
 Federico, le quitase  
 a Parma, y que de temor  
 de su poder, él y un hijo  
 huyesen donde hasta hoy  
 no se sabe, habiendo un año  
 que, disfrazados los dos,  
 prueban la distancia que hay  
 de ser pobre a ser señor.  
 Mas, decidme, duque mío,  
 ¿a qué propósito son  
 tantos trágicos sucesos,  
 que estoy puesta en confusión?

CARLOS: Todos estos, Margarita,  
 importan a nuestro amor,  
 medianero entre enemigos,  
 aunque de guerras autor.  
 Pero, decidme, si agora  
 el príncipe que mató  
 a vuestro padre se diese  
 a vuestro hermano a prisión,  
 olvidados sus agravios,

¿no le daría perdón,  
a pesar de la venganza,  
que es de tiranas blasón?

MARGARITA: Con ser mi hermano tan noble  
sospecho, duque, que no,  
que es ya en la naturaleza  
la enemistad que heredó  
contra el príncipe de Parma;  
antes, de su inclinación  
colijo que imitaría  
con él mi hermano a Nerón;  
por darle la muerte muere.

CARLOS: Margarita hermosa, y vos,  
¿siguiérades su crueldad?

MARGARITA: No lo sé; dudosa estoy.  
La venganza en las mujeres  
es natural condición.  
Perdí con mi padre mucho;  
pero, viendo al matador  
pedirme perdón humilde,  
soy de tierno corazón  
y sospecho que venciera  
la piedad a la pasión;  
mas ¿sabéis vos dónde está?

CARLOS: Sí.

MARGARITA: ¿Dónde?

CARLOS: Donde yo estoy  
legítimo sucesor.

MARGARITA: ¿No sois duque de Ferrara?

CARLOS: Príncipe de Parma soy,  
y vuestro esposo, en quien vive  
vuestra injuria y mi afición.

*De rodillas*

Tomad venganza en el hijo  
del padre que os ofendió;  
pero advertid que antepone  
el esposo al padre Dios

y que soy esposo vuestro.

MARGARITA: ¡Cielos! ¿Hay tal confusión?

¿Quién vio mezcla tan distinta  
como agravios con amor?

Alzaos, príncipe, del suelo;  
aunque sois el agresor  
de mi injuria, corre ya  
el peligro por los dos.

Un año ha que sois mi esposo,  
cauteloso engañador,  
como a príncipe os la doy;  
que si el padre me quitaste,  
para su satisfacción  
prenda tengo en las entrañas  
que os llamará padre a vos.

Pero ¿cómo me engañaste?

CARLOS: Huíamos mi padre y yo  
del Marqués de Monferrato  
y del popular furor  
que aclamando el gran poder  
del injusto poseedor  
al legítimo buscaba  
para darle muerte atroz.  
Fuése mi padre a Saboya,  
su duque le dio favor,  
y yo que en Venecia quise  
pasar la persecución  
de la Fortuna mudable,  
disfrazado de pastor  
entré en Bolonia una noche,  
a tan dichosa ocasión,  
que al salir de una carroza  
que a vuestras puertas paró,  
y a la luz de algunas hachas  
vi la luz de aqueste sol.  
Asomáronse a los ojos  
el alma y el corazón,  
para tener un buen día  
entre tantos de rigor.  
Pero apenas los vio en ellos

el travieso enredador,  
alguacil de vagamundos,  
cuando luego los prendió.  
Quiso resistirse el alma;  
mas ¿de qué defensa son  
las fuerzas de un hombre solo  
contra las fuerzas de un dios?  
Enamorado y confuso  
mandó juntar la razón  
las potencias a consejo;  
llevó al peligro el temor,  
discurrió el entendimiento,  
la memoria presentó  
papeles en pro y en contra,  
la desconfianza halló  
una sierra de imposibles,  
que para mi pretensión  
sirvieron de espuelas  
y alas; y por más que demostró  
mi pobreza vuestro agravio,  
el peligro y la ocasión  
que daba a vuestra venganza  
no huyendo, mi perdición,  
al fin que no me ausentase  
la voluntad sentenció,  
que no tiene qué perder,  
como anda desnudo, Amor.  
Conocióme un jardinero  
viejo, de quien fui señor  
en Parma y cultiva ahora  
esta quinta, en que cifró  
la Fortuna vuestra hacienda;  
su lealtad me dio favor;  
el deseo, atrevimiento;  
mi diligencia, ocasión  
para contaros mis penas,  
que fue, bien lo sabéis vos,  
al borde de aquesta fuente,  
junto de este cenador.  
Fingí ser el de Ferrara,

a quien su hermano menor,  
como a mí el de Monferrato,  
de su estado despojó.  
Pues si verdad os dijera  
nunca llegara a sazón  
mi esperanza, que no crece  
sobre agravios el amor.  
Hallé la correspondencia  
en vos, que me prometió  
vuestra apacible hermosura,  
y como amor es unión  
de las almas, de tal suerte  
su yugo nos enlazó,  
que una sola está en dos cuerpos,  
si aun en esto hay división.  
De esta suerte nos gozamos  
hecho jardinero yo  
del pensil de esa hermosura,  
de cuya primera flor  
la astuta naturaleza,  
como divino pintor,  
quiso en una sola imagen  
retratarnos a los dos.  
Un hijo me prometéis,  
y ya aguardándole estoy,  
que son prendas que amor labra  
para su conservación;  
al secreto y la ventura  
convidando estaba hoy  
para el parto que se acerca,  
Dios mitigue su dolor,  
cuando el viejo jardinero  
diciendo a voces llegó,  
"Albricias, Carlos ilustre,  
vuestra desdicha cesó.  
El príncipe, vuestro padre,  
siendo el duque intercesor  
de Saboya, goza ya  
de Parma la posesión.  
Julio viene en vuestra busca

y es alegre embajador  
de estas venturosas nuevas;  
él os lo dirá mejor."  
Fue Julio mi camarero,  
y en lealtad y valor  
otro Zópiro con Dario  
y otro Pitias con Damón.  
Loco, pues, de haberme visto,  
me dijo, "Deja, señor,  
el toscó metamorfosis  
que disfraza tu valor.  
El marqués de Monferrato  
y tu ilustre padre son  
amigos, y en parentesco  
sus bandos traban los dos;  
su hacienda toda y estado  
le ha vuelto, con condición  
que con Claudia, su heredera,  
te cases."

MARGARITA:           ¿Con quién? ¡Ay Dios!

CARLOS:       Sosegad, mi Margarita,  
que siendo mi esposa vos,  
yo cristiano y caballero,  
en balde es vuestro temor.  
Vuestro hermano Marco Antonio  
ha sentido nuestro amor,  
y pienso que ha sospechado  
a lo que vine y quién soy.  
Ausentarme es de importancia,  
y tomar la posesión  
de Parma condescendiendo  
con la puesta condición.  
Que una vez fortalecido  
y en mi estado, verá amor,  
a pesar de toda Italia,  
cuál cumplí mi obligación..

MARGARITA:   ¿Cómo, príncipe? ¿Y es justo  
que en la boca del león  
dejéis a vuestra cordera  
cuando os hago mi pastor?

Decís que mi hermano tiene  
 sospechas de que el ladrón  
 de su honra y de mi gusto  
 es su enemigo mayor,  
 ¿y en sus manos me dejáis?  
 Mirad, cuando por mí no,  
 por el fruto de quien fuisteis  
 a mi costa labrador.  
 ¿Quién duda que en mí y en él  
 ejecutará el rigor  
 de su cólera mi hermano,  
 teniendo la culpa vos?  
 Libranzas dais a la ausencia  
 que jamás deudas pagó  
 de amor si no con olvido,  
 moneda vil de vellón.  
 Puerta abrís al interés  
 de la libertad, señor;  
 a otra dama dais audiencia,  
 cabellos a la Ocasión.  
 No, Carlos, con vos he de ir,  
 o morir aquí con vos;  
 seré sepulcro yo misma  
 de quien madre infeliz soy.  
 Dénos mi hermano la muerte,  
 vengue su injuria en los dos,  
 pues los dos habemos sido  
 los pródigos de su honor.  
 ¡Hola, gente; hola, criados!  
 ¡Ah, Marco Antonio; ah, señor!  
 Aquí está vuestro enemigo;  
 vengaos, que os hace traición.

CARLOS: Basta, esposa de mis ojos;  
 parad la enojada voz;  
 nunca mi padre me vea;  
 nunca vuelva a Parma yo;  
 no soy su príncipe ya,  
 sólo vuestro esposo soy;  
 más quiero ser jardinero,  
 gozándoos, que emperador.

Pero ¿cómo evitaremos,  
de vuestro hermano el furor  
que nos está amenazando?

MARGARITA: Ausentándonos los dos.

CARLOS: ¿Adónde?

MARGARITA: Carlos, a Parma.

CARLOS: Tengo del marqués temor,  
pues, despreciando a su hija  
y conociendo quién sois  
hará alguna crueldad.

MARGARITA: Jardinero y labrador  
dentro en mi casa habéis sido;  
jardinero seré yo,  
Carlos, en vuestro palacio,  
que no es de menos valor  
mi amor que el vuestro.

CARLOS: Alto, pues,  
a buscar a Julio voy  
para que el rústico traje  
os traiga; vendré por vos  
a media noche.

MARGARITA: ¿Habrá falta?

CARLOS: Antes la hará al cielo el sol.

MARGARITA: ¿No me olvidaréis?

CARLOS: Jamás.

MARGARITA: ¿Sois mi esposo?

CARLOS: Vuestro soy.

MARGARITA: ¿Iréis sin mí?

CARLOS: No puedo..

MARGARITA: ¿Lleváisme?

CARLOS: En el corazón.

MARGARITA: Dudando quedo.

CARLOS: ¿De qué?

MARGARITA: Sois hombre.

CARLOS: Tengo valor.

MARGARITA: ¡Ay, mi Carlos!

CARLOS: ¡Ay, mi bien!

MARGARITA: Adiós, [esposo mío].

CARLOS: Adiós.

*Vanse. Sale MARCO Antonio con una daga desnuda Y  
PEYNADO, jardinero viejo*

MARCO: ..... [-ame]

..... [-onda]

¿Quieres que esconda  
en aquese pecho infame  
hasta la cruz esta daga?

PEYNADO: No, señor, por el lechón  
que está junto a San Antón  
y así buena pro le haga,  
tras el torrezno y la polla  
la olla del mediodía,  
pues dice la mujer mía  
que después de Dios la olla,  
que envaine y no me pescude  
más de lo que he confesado.  
Al príncipe disfrazado  
encobrí aquí cuanto pude,  
porque, en fin, comí su pan;  
no imaginé yo que hacía  
en esto bellaquería.  
Si quillotrados están  
los dos, ¿en qué yo he pecado?

MARCO: ¿Tú sabes si fue liviana  
con el príncipe mi hermana?

PEYNADO: ¿Liviana? ¿Hela yo tomado  
a cuestras? Bien gorda está.  
Yo comprara de su espeso  
un lechón.

MARCO: Que no digo eso,  
villano, ni excusará  
tu muerte el disimular.  
Si lo niegas--¡vive Dios!--  
que has de pagar por los dos.

PEYNADO: ¿Por qué lo he yo de pagar  
si no lo sé? ¿Só adivino?

MARCO: ¡Oh, infame! ¿Mentirme tratas?

PEYNADO: ¡Válganme las cuatro patas

del caballo de Longino!  
 ¿Diz que tengo de decir  
 lo que no he visto, ni sé,  
 sin por qué ni para qué?

MARCO: ¡Vive Dios que has de morir,  
 disimulado traidor,  
 si no dices la verdad!

*Cógele de los cabezones*

PEYNADO: Yo hablaré con claridad;  
 suelta el pescuezo, señor.

MARCO: ¿Gozó el príncipe a mi hermana?

PEYNADO: ¿Pues puédolo yo saber?

¿No se habían de esconder  
 los dos de mí? Cosa es llana.

Si habran o son amigos  
 ni lo he visto ni lo pienso,  
 que no es testamento o censo  
 para herlo ante testigos.

Mijor de aquesas congojas  
 te sacará el cobertor  
 de este verde cenador,  
 pues hechos ojos sus hojas  
 quizá ves el cuándo y cómo  
 saben en qué remedaban  
 la tórtola y se arrullaban,  
 hecho Carlos el palomo  
 y ella la paloma boba

.....

.....

..... [ -oba]

Que a pesar del verdugado  
 .....[ -ones];  
 que es en estas ocasiones  
 de amor, el monte ha colmado,  
 ¿qué buscas si lo ves?

MARCO: Basta,  
 que mi enemigo mayor

ha triunfado de mi honor  
y que no es mi hermana casta.

Basta, que estando privado  
por él de padre y de hacienda  
una sola joya y prenda  
que el cielo me había dejado,  
que es la honra de Margarita,  
ésa me vino a robar.

Pues ¿qué remedio? quitar  
la vida a quien honras quita.

Su padre ha cobrado a Parma;  
si mano a mi hermana ha dado  
de esposo, y con tal cuñado  
Amor a Marte desarma,  
no es justo mi enojo y furia;  
mas, sí, que la sangre clama  
de mi muerto padre y llama  
a la venganza la injuria.

No le trajo aquí el amor  
a Carlos; ni es su trofeo  
el disfraz, sino el deseo  
de dejarme sin honor.

Ya le han picado sus pies;  
pues ¿quién me persuadirá  
que a mi hermana antepondrá  
a la hija del marqués

que a Parma le restituye,  
si casándose con ella  
goza estado y mujer bella  
y a mí me afrenta y destruye?

Pues a la venganza cuadre  
su muerte, que es medio sabio;  
satisfágase mi agravio,  
vénguense mi honra y padre,  
muera mi hermana con él  
antes que saque contenta  
a luz su hijo y mi afrenta,  
que no han de mezclarse en él  
mi sangre y del homicida,  
pues mal las sangres podrán,

que tan contrarias están  
dar juntas a un cuerpo vida.

De noche es; Carlos está  
ignorante de que sé  
quién es; vengarme podré,  
pues, como suele, vendrá  
a verle mi loca hermana,  
y de un golpe hará el castigo  
venganza en un enemigo  
y en una mujer liviana.

Éste es bien que vivo esté  
para el secreto y recato  
por hoy, porque si le mato,  
la quinta alborotaré  
y Carlos huirá seguro;  
pero ha de estar encerrado,  
no le diga que me ha dado  
cuenta de todo.

PEYNADO: Yo juro  
ser desde hoy hombre de bien  
si de esta trampa me escurro.

MARCO: Ven conmigo.

PEYNADO: Tengo al burro  
andando la noria.

MARCO: Ven.

PEYNADO: Quiero ir a regar los nabos.

MARCO: Sígueme, no tengas miedo.

PEYNADO: (Ya empiezo a decir el credo; Aparte  
mal huelo por todos cabos.  
¡San Panuncio, San Benito!)

MARCO: ¡Ea!

PEYNADO: (Él me despachurra. Aparte  
Así le ayude la burra  
en que la Virgen fue a Egipto,  
que me deje her testamento  
y luego me matará.)

MARCO: ¡Villano, acabemos ya!

PEYNADO: Señor, por el monumento,  
por la tumpa y el guisopo,  
por la lámpara y su luz,

por la manga de la cruz  
 y por todo cuanto topo  
 cuando ando a oscuras,  
 que tenga mancilla de este cuitado,  
 que no hallará otro Peynado  
 si una vez enviuda Menga.

MARCO: Yo te aseguro la vida  
 porque fuiste a tu señor  
 leal. Ven, no hayas temor.

PEYNADO: El alma tengo escorrida  
 de miedo; aquesto es verdad.

MARCO: ¿No vienes?

PEYNADO: ¿Hay mayor susto?

MARCO: ¡Ea!

PEYNADO: Ya vamos, que es justo  
 que hagamos su voluntad.

*Vanse. Salen don DIEGO, de estudiante, y doña  
 ELENA, también de estudiante*

DIEGO: ¡Jesús, Jesús!

ELENA: En Dios creo,  
 aunque traigo el alma en pena.  
 ¿Que os santiguáis?

DIEGO: Doña Elena,  
 ¿vos con sotana y manteo?  
 ¿Vos desde Toledo aquí,  
 en Bolonia y en escuelas?

ELENA: Calzóme Amor las espuelas,  
 ¿qué mucho que vuele así?

DIEGO: ¿Una mujer como vós,  
 de tal valor y linaje,  
 en Italia y en tal traje?

ELENA: Hazañas son de Amor dios;  
 ¿qué os espanta?

DIEGO: Lo que escucho  
 y lo que veo.

ELENA: O sois loco,  
 o no sabéis que ama poco

quien amando no hace mucho.

Don Diego, un mes hace curso  
las escuelss de los celos,  
dando penas y desvelos  
liciones a mi discurso.

Y en un mes que he estado aquí,  
haciendo en vez de liciones  
locas averiguaciones  
que han salido contra mí,

no os he hablado ni he querido  
darme a conocer. Ya sé,  
si amor en don Luis sembré;  
que vengo a coger olvido.

Quísole el alma ofrecer  
la libertad que negó  
que, como avaro, dejó  
de tomar por no volver.

Vinose huyendo de mí,  
a Italia; mas, como amor  
crece en brazos de un rigor,  
disfrazada le seguí,

atropellando mi fama  
hasta aquí; donde he sabido  
que pretende, aborrecido,  
aborreciendo a quien le ama.

Y como juntos vivís  
y sois un alma los dos,  
esperando que por vos  
ha de pagar don Lüís

mi amor constante, he querido  
darme, en fin, a conocer  
sólo a vos; yo vengo a ser  
vuestro paje, y lo que os pido,

por la nobleza española  
con que vuestro nombre honráis,  
es que a nadie descubráis  
quién soy; que esta traza sola,

si me ayuda la Fortuna,  
hará, con vuestro favor,  
que don Lüís tenga amor

a doña Elena de Luna.

DIEGO: ¡Alto! No hay aconsejaros;  
que sois amante y mujer,  
que habéis sabido querer  
y sabéis detérminaros.

Vuestro amor es tan constante  
que cualquier favor merece.

A don Luis no pertenece  
una mujer de diamante;  
y aunque bella y principal,  
pobre; y cuando se ablandase,  
no es bien que don Luis se case  
fuera de su natural.

Un año ha que estoy por él  
envuelto en aqueste luto,  
oyendo textos sin fruto.

*Sale don LUIS*

LUIS: Prevénme casco y broquel.

DIEGO: Éste es.

ELENA: Di que de Toledo  
soy y que a servirte vine.

DIEGO: ¿No será mucho que atine  
quién eres?

ELENA: No tengas miedo,  
que me ha visto pocas veces,  
y siempre lo aborrecido  
engendra en el alma olvido.

DIEGO: Divinamente pareces  
de estudiante.

ELENA: No es mal trueco  
el que he hecho.

DIEGO: ¡Bello traje!  
¿Quién diré que eres?

ELENA: Tu paje.

DIEGO: ¿Y llamaréte?

ELENA: Pacheco.

LUIS: ¡Oh, don Diego de Mendoza!

DIEGO: Salir querrás ya a rondar.

LUIS: A lo menos adorar  
la casa que a mi sol goza.  
¡Ay, don Diego, sentenciado  
vengo a muerte!

DIEGO: ¿Qué delito  
has hecho?

LUIS: Amar infinito  
a Margarita.

DIEGO: ¿Hasla hablado?  
¿Mostrósete desdeñosa?  
¿Reprendió tu libertad?  
¿No hizo su honestidad  
la empresa dificultosa?  
¿Mas que te dijo con talle  
severo, hecha otro Narciso,  
"Mira, Zaide, que te aviso  
que no pases por mi calle?"  
Por lindo modo te encanta,  
para cogerte después,  
donde no te irás por pies.

LUIS: ¿Qué dices, que es una santa?

DIEGO: ¿Santa? Bueno, hazla un altar.

LUIS: ¡Plugiera a Dios que quisiera  
ser mi esposa!

ELENA: (¡Ay, rabia fiera! Aparte  
¿esto venir a escuchar?)

LUIS: Mas tan desdichado he sido  
que quiere encerrar mis quejas  
entre paredes y rejas.

DIEGO: ¿De qué modo?

LUIS: Ha prometido  
ser monja.

ELENA: (¡Albricias, Amor, Aparte  
que ésta nueva os resucita!)

DIEGO: Restituyo a Margarita  
la opinión de su valor;  
estado ha escogido al doble  
honroso, que un monasterio  
es ilustre cautiverio

y cárcel de gente noble.

Mudad gusto.

LUIS:                   ¿Cómo puedo?

DIEGO:       No es bien competir con Dios.

LUIS:       ¿Quién es el que está con vos?

DIEGO:       Un muchacho de Toledo  
que el deseo de estudiar  
y verme le traen aquí.

LUIS:       ¿Es de vuestra casa?

DIEGO:                   Sí.

LUIS:       ¿Cúyo hijo?

DIEGO:                   De Aguilar,  
de mi padre gentilhombre.

LUIS:       ¡Buen talle!

DIEGO:                   ¡Maravilloso!

LUIS:       ¿Y el ingenio?

DIEGO:                   Milagroso.  
Pacheco tiene por nombre.

ELENA:       ¿Qué manda vuesa merced?

DIEGO:       Pacheco, que conozcáis  
a don Luis y le serváis  
como a mí.

ELENA:                Mucha merced  
recibiré que en su gusto  
me emplee.

LUIS:                ¿Habéis estudiado?

ELENA:       Gramática he comenzado,  
aunque con algún disgusto.

LUIS:       ¿En qué andáis?

ELENA:                   "Amo, Amas."

LUIS:       ¡Buen verbo! ¿Y ha mucho?

ELENA:                   Sí.  
no puedo salir de aquí.

LUIS:       Son laberintos sin llamas.  
¿Pues sabéis ya declinar?

ELENA:       ¡Plugiera a Dios lo ignorara,  
porque si no declinara,  
ya supiera conjugar!

LUIS:       Decid, pues, esta oración,  
"Yo amo a Dios."

ELENA: Es mentirosa,  
 porque amándole a su esposa,  
 no le amáis y hacéis traición.

LUIS: Bachiller me parecéis.

ELENA: Y aun licenciado.

LUIS: Decid,  
 "yo amo."

ELENA: Aqueso sí; oíd,  
 y que la acierto veréis  
 sin temor de solecismo.

LUIS: Donaire tiene por Dios.

ELENA: Va, *ego amo*.

LUIS: ¿A quién?

ELENA: A vos.

LUIS: ¿A mí amáis?

ELENA: A vos mismo,  
 que sois mi dueño y señor.

DIEGO: Su lealtad os ha obligado,  
 que como es vuestro criado,  
 es razón que os tenga amor.

LUIS: ¿Mi criado?

DIEGO: Si lo es mío,  
 vuestro lo ha de ser también.

LUIS: Desde aquí lo quiero bien.

ELENA: En esa palabra fío.

*Sale CALVETE, gorrón, con espada y  
 broquel*

CALVETE: *Accipe et tiniebunt gentes.*

Con el broquel sufridor  
 no traigo el casco, señor.  
 Los tuyos son suficientes.

LUIS: Pues ¿por qué?

CALVETE: La ley lo veda,  
 que estando el tuyo vacío  
 ponerte otro, señor mío,  
 será seda sobre seda.

LUIS: Ven, conmigo, impertinente.

CALVETE: ¿Salimos ya a bobear?  
 DIEGO: ¿Aguardámoste a cenar?  
 LUIS: Sí.  
 DIEGO: ¿A las cuántas?  
 CALVETE: A las veinte.  
 LUIS: Luego vendré.  
 CALVETE: Cuando el día,  
 el alba enrubia el copete.  
 DIEGO: ¿No iré en lugar de Calvete  
 mejor yo en tu compañía?  
 LUIS: Ya sabes mi condición.  
 DIEGO: No te quiero replicar.  
 CALVETE: Estrellado he de cenar.  
 LUIS: ¿Qué hora es?  
 CALVETE: Las once son.

*Vanse LUIS y CALVETE*

ELENA: A idolatrar las paredes  
 de su Margarita va.  
 DIEGO: Si determinada está  
 de entrarse monja, bien puedes  
 asegurar tus recelos.  
 ELENA: Ven, sabremos cómo llora  
 desdenes de la que adora  
 y ayudaránle mis celos.  
 DIEGO: Si es tu gusto, enhorabuena.  
 ELENA: Amor loco, yo por vos  
 y vos por otro.  
 DIEGO: Y--¡por Dios!--  
 que lo estás tú, doña Elena.

*Vanse. Salen don LUIS y CALVETE*

CALVETE: ¿Qué diablos has de sacar  
 de andar cargado de hierro,  
 dando en que entender a un perro

que nos comienza a ladrar;  
 hecho cedulón de esquina,  
 pisando bastardo barro,  
 puesta la vista en el Carro,  
 las Cabras y la Bocina,  
 mientras se acuesta despacio  
 quien esa pena te da,  
 y más sabiendo que está  
 tomada para palacio?

Si ha de ser monja, ¿de qué  
 te ha de servir el rondarla,  
 suspirar y enamorarla?

LUIS: ¿Comienzas ya? Déjame.

CALVETE: Si a un torno y reja ha hecho voto,  
 ¿qué provecho sacas de esto?  
 Pero vendrás ya dispuesto  
 a ser su negro devoto.

Y escogiendo el bobo estado,  
 que caro te ha de costar,  
 querrás desde hoy comenzar  
 el año del noviciador.

Un amigo tuve yo  
 que estuvo malo en España  
 de esta contagión extraña.

LUIS: ¿Cómo?

CALVETE: A una monja sirvió  
 hecho mula de retorno,  
 pechero de una andadera,  
 paciente de una portera  
 y majadero de un torno;  
 que al cabo de deseallo,  
 más que verse libre un preso,  
 sin ser la monja de queso,  
 se la daban por un rallo.

LUIS: Déjate de disparates,  
 y ¿qué hará mi ingrata, di?

CALVETE: Una albarda para ti  
 con estribos y acicates.

LUIS: ¡Ah, necio!

CALVETE: A lo moscatel

amas; quizá es su ejercicio,  
 como andas en su servicio,  
 el estar ahora en él  
 despachando provisiones  
 para quien sus puertas pasa.

*Sale a la puerta FABIA, criada, con una criatura  
 envuelta*

LUIS: ¡Vive Dios!  
 CALVETE: La de su casa  
 abrieron; si te dispones  
 a saber quién entra o sale,  
 llega; mas mira por ti.  
 LUIS: ¿La puerta han abierto?  
 CALVETE: Sí.  
 LUIS: ¡Válgame Dios!  
 CALVETE: Ya te vale.  
 LUIS: A tal hora es novedad  
 en tan recogida casa  
 abrir puertas.  
 FABIA: Ce, ¿quién pasa?  
 ¿Sois el príncipe? Llegad.  
 LUIS: Calvete, príncipe dijo.  
 CALVETE: Es verdad, príncipe oí.  
 LUIS: ¡Ay, cielos!  
 CALVETE: Dile que sí.  
 LUIS: El príncipe soy.  
 FABIA: Un hijo  
 os ha dado Margarita  
 que a Narciso se adelanta.  
 LUIS: ¡Hijo! ¿Cómo?  
 CALVETE: ¡Oh es una santa!  
 LUIS: ¡Jesús!  
 CALVETE: ¿Ésta es la bendita,  
 la monja, la recogida?  
 Pero bien se recogió.  
 FABIA: No ha un instante que parió  
 con peligro de la vida.

Pero el cielo soberano  
tan pródigo nos ha sido,  
que en el jardín ha parido  
sin saber nada su hermano.

Ha fingido un accidente,  
y ahora en la cama está.  
Lo propuesto estorbará  
por hoy este inconveniente;  
mas presto os veréis los dos  
en vuestro estado y sin pena.

CALVETE: ¡Linda monja!

FABIA: Gente suena;  
tomad, príncipe, y adiós.

*Vase*

CALVETE: ¿Qué te ha dado?

LUIS: La criatura.

CALVETE: Bueno; a quien hizo el cohombro  
di que se le eche en el hombro.

LUIS: ¡Jesús! ¿Duerme por ventura?

CALVETE: No se durmió la señora.

LUIS: Loco estoy de pena y celos;  
¡Jesús, Margarita, cielos!

CALVETE: ¿Qué habremos de hacer ahora?

LUIS: Dar finiquito a mi amor.

CALVETE: ¿No la has de amar?

LUIS: ¿Cómo puedo  
si desengañado quedo?  
Miremos por el honor  
de Margarita, Calvete,  
que al fin la he querido bien.  
A buscar una ama ven.

CALVETE: De amante te hizo alcahuete.

LUIS: Mañana quién es sabré  
este príncipe encantado  
que en costas me ha condenado,  
y el hurto le volveré.

CALVETE: El ama le criará  
que nos sirve.

LUIS:                   ¿Está parida?  
CALVETE:    ¿Eso ignoras, por tu vida?  
                  Parida y preñada está.  
LUIS:         Pues bien viene.  
CALVETE:                ¡Qué bonito  
                  parece el chico!  
LUIS:                Cesó  
                  mi amor.  
CALVETE:            ¡Ajó, niño, ajó!  
                  Llamaráse Margarito.

*Vanse*

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

---

## JORNADA SEGUNDA

---

*Salen don DIEGO como de noche, y doña*

*ELENA*

DIEGO: La calle es ésta, y aquélla  
su casa.

ELENA: Buena, en verdad.

DIEGO: Con haber en la ciudad  
tantas, ésta es la más bella.

ELENA: El estar en arrabal  
disminuye su valor.

DIEGO: No es por aqueso peor.

ELENA: No está en calle principal.

DIEGO: No, pero es más provechosa.

ELENA: Mas ¿cómo?

DIEGO: Demás de estar  
dentro y fuera del lugar,  
esta huerta deleitosa  
la hace más excelente,  
que es gran cómodo el poder  
en una ciudad tener  
casa y quinta juntamente.

ELENA: Ya sé que se llama ésta  
porque no me satisfagas,  
la quinta de lcs Gonzagas;  
mas, si según manifiesta  
la fama, su dueño pasa  
pobreza, di que la venda,  
que siempre la poca hacienda  
se corre en la grande casa.

DIEGO: No ha de obligar la pobreza,  
por grande que venga a ser,

a que uno llegue a vender  
el solar de la nobleza.

Y aunque hecha comparación  
con la hacienda y el estado  
que tuvo antes ha quedado  
pobre, según la opinión  
del vulgo, más rico queda  
el rico cuando empobrece  
que el pobre cuando enriquece.

ELENA: Para que quedarlo pueda,  
empeñe esta Margarita  
que me da tanto pesar.

DIEGO: Vender si, mas nó empeñar,  
que no es prenda que se quita  
la mujer, antes con ella  
dan dineros.

ELENA: Mucho tarda  
don Luis.

DIEGO: Como no aguarda  
su dama ni ha de vencella  
con servirla y pasealla,  
quizá se hartó de rondar  
y dio la vuelta a cenar.

ELENA: La huerta han abierto, calla.

DIEGO: ¿Mas si le hubieren cogido  
a don Luis entre dos puertas?

ELENA: Mis desdichas fueran ciertas.

DIEGO: Una mujer ha salido  
sola.

ELENA: Dama debe ser  
de Marco Antonio.

DIEGO: No es hora  
de salir damas ahora.

ELENA: Pues ¿cuándo?

DiEGo. Al amanecer  
salen muchas de aventura,  
que, como sobras de cena,  
las mañanas; doña Elena,  
las echan con la basura.

ELENA: ¿Hate sucedido a ti?

DIEGO: No sé; cuando no hay solomo,  
mozo soy, de todo como.

*Sale MARGARITA con manto*

MARGARITA: ¿Dónde iré, triste de mí?  
¿Si habrá el príncipe venido?  
Gente por la calle pasa.  
¿Qué he de hacer? Volverme a casa  
no es posible, que ha sentido  
mi hermano mi liviandad,  
y dar esta noche intenta  
fin a mi vida y su afrenta.  
¡Tened, cielos, piedad  
de mi vida!

ELENA: Consultando  
está por dónde ha de ir.

MARGARITA: El temor me fuerza a huír,  
y el honor está dudando.  
Volveréme.

DIEGO: Reina mía,  
si estar indeterminada  
es a falta de posada  
mientras sigue el alba el día,  
en la nuestra está la cena  
con ánimo de aguardar  
convidados.

MARGARITA: ¡Qué a escuchar  
venga aquesto!

DIEGO: Doña Elena,  
¡qué bien huele, pesia tal!

ELENA: Sí; pero no siempre suele  
oler bien quien siempre huele.

DIEGO: Así lo dijo Marcial.  
¿No merecemos respuesta?

*Da voces*

MARGARITA: ¡Ah Príncipe! ¡Ah Carlos!



DIEGO: ¿Quién sois?

MARGARITA: Después lo diré,  
que corre mi vida aquí  
mucho riesgo.

DIEGO: En mi posada  
segura estaréis y honrada.

MARGARITA: (¡Ay, Príncipe!)                      Aparte

DIEGO: ¿Vamos?

MARGARITA: Sí.

*Vanse don DIEGO y MARGARITA*

ELENA: Llévosele por lo honrado.

Dios ponga tiento en su amor,  
que no es todo sino olor  
a escuras y rebozado.

Aunque si por la apariencia  
el juicio se ha de hacer,  
muestras ha dado de ser  
de más prendas que prudencia.

A un príncipe pidió ayuda,  
que Carlos después llamó,  
y al ver de dónde salió  
me ha puesto en notable duda.

Pero ejemplo tiene en mí  
cualquiera amorosa hazaña,  
pues a Italia desde España  
don Luis me trae así.

Por aguardarle si acude  
aquí donde pierde el seso,  
no voy a ver el suceso,  
de esta dama; Amor la ayude  
si ha sido autor de sus penas,  
que teniendo que llorar  
tantas yo; mal podré dar  
oídos a las ajenas.

*Salen don LUIS y CALVETE, como de  
noche*

LUIS: ¿Que estaba parida el ama?

CALVETE: ¿No lo has visto?

LUIS: ¿Hay tal ventura?

Por el bien de la criatura  
la perdono.

CALVETE: ¡Oh, cómo mama

el chicote! Mas ¿a qué  
volvemos a este lugar?

¿Es por ventura a buscar  
otra cría que nos dé  
en que entender?

LUIS: El deseo

de conocer, si es posible,  
este príncipe invisible,  
ya que sus efectos veo,  
me saca fuera de mí  
y de mi casa a tal hora.

CALVETE: ¿Sabes tú si vendrá ahora?

LUIS: Si le esperaban aquí  
a cosa que importa tanto,  
¿quién duda que acudirá?

CALVETE: ¿Has de acuchillarle?

LUIS: ¡Ya  
cesó mi amoroso encanto!

El fue mejor negociante  
y más dichoso que yo.

Si la cátedra llevó  
que pretendí por vacante,  
¿qué he de hacer?

CALVETE: Bien lo imaginas,

aunque burla es, y no leve,  
que él la cátedra te lleve  
y tú pagues las propinas.

Ya parece que nos llama  
otra mujer y nos da  
otro niño que criará  
a tu costa en casa otra ama;  
y así puedes poco a poco,

si lo sufre tu caudal,  
hacer tu casa hospital  
de expósitos.

LUIS: Calla, loco.

CALVETE: Harto más lo es quien procura  
andar como tú, perdido,  
pues rompiendo otro el vestido  
te ha echado a cuestras la hechura.  
Vamos a cenar, señor.

ELENA: Dos hombres vienen. ¿Si acaso  
es éste el príncipe?

CALVETE: Paso,  
que está tu competidor  
a las puertas de tu dama.

LUIS: Dices la verdad; éste es  
el príncipe.

CALVETE: Llega, pues.

LUIS: Antes quiero ver si llama  
a la puerta.

ELENA: Hablarle intento.

CALVETE: Acá se acerca, señor.  
Hablarle será mejor.

LUIS y ELENA: ¿Sois el príncipe?

CALVETE: ¡Buen cuento!  
¡Válgate la maldición  
por príncipe tan buscado!  
O es duende o está encantado.

ELENA: Don Luis y Calvete son.

LUIS: ¿Es Pacheco?

ELENA: Señor, sí.

LUIS: ¿Y don Diego?

ELENA: Una aventura  
gozar en casa procura.

LUIS: ¿Y qué haces tú solo aquí?

ELENA: Obligo cierto respeto.

LUIS: ¿Tuyo?

ELENA: ¿No soy yo persona?

CALVETE: Para hacerle una mamona.

ELENA: Soy solícito y secreto,  
y por esta causa espero

ser venturoso en amores.

CALVETE: Todos salen bailadores  
en cas del tamborilero.

Tenemos el amo amante,  
por fuerza habemos de amar;  
desde hoy me echo a enamorar,  
pues tú eres disciplinante.

LUIS: ¿Qué príncipe imaginaste  
que era yo cuando me viste?

ELENA: El mismo que tú entendiste  
que era yo cuando me hablaste.

LUIS: ¿Conócesle?

ELENA: Yo en mi vida  
le eché paja.

CALVETE: O se ha escondido,  
o algún diablo se ha metido  
príncipe.

ELENA: Salió afligida  
de esa casa una mujer  
de bravo talle y olor;  
tuvo de vernos temor,  
y queriéndose volver,  
llegó don Diego, ofrecióla  
a lo tierno su posada,  
peró gritó alborotada,  
"¡Ah príncipe! ¡Ah, Carlos! ¡Hola!"  
Sosegámosla los dos,  
y paró en fin en sosiego  
en llevársela don Diego  
a casa.

CALVETE: ¡Bueno, por Dios!

LUIS: Calvete, ¿si es Margarita?

CALVETE: ¡Jesús! ¿Eso has de decir?

¿Tal mujer ha de salir  
de noche, y sola? Bonita  
es ella; alguna criada  
al príncipe fue a buscar  
que se debió de pagar  
del convite y la posada,  
y envidiosa por ventura

de lo que con su ama pasa,  
 querrá encuadernar en casa  
 con don Diego otra criatura;  
 no hay siño cunas y a ello,  
 que llueven muchachos hoy.

LUIS: ¿Quién será? Confuso estoy.

CALVETE: En casa puede sabello.

LUIS: Bien dices. ¡Ay, cielos,  
 si tengo en ella a mi bien!

CALVETE: Un hombre viene; detén  
 el paso.

ELENA: (Ya tengo celos Aparte  
 de este demonio o mujer.  
 ¿Si és Margarita? ¡Ay de mi!)

*Sale don DIEGO*

DIEGO: ¿Si hallaré al príncipe aquí?  
 Mas éste debe de ser.

¿Sois el príncipe, señor?

CALVETE: Otro buscón de aventuras.  
 ¿Qué príncipe es éste a oscuras,  
 qué brujo o que encantador?

DIEGO: ¡Don Luis!

LUIS: ¿Es don Diego?

DIEGO: ¡Bueno!  
 Dadme albricias.

LUIS: ¡Ay, amigo!  
 ¿Qué te he dar si contigo  
 tienes el alma?

CALVETE: El sereno  
 que pasamos.

LUIS: Mas ¿que sé?  
 ¿De qué a pedírmelas vienes?

DIEGO: ¿De qué?

LUIS: A Margarita tienes  
 en casa.

DIEGO: Tarde llegué.  
 ¿Quién te lo ha dicho?

LUIS:                                Mis celos,  
que infiernos en mí se llaman.  
Cuéntame el cómo.

DIEGO:                              Los que aman  
siembran gusto y cogen duelos.  
¿No sabes en qué ha parado  
la monja?

LUIS:                                Ya he sabido  
que ha parado en que ha parido.

CALVETE:    Las cabras nos han echado;  
en casa el muchacho está.

DIEGO:        ¡Válgame Dios!

LUIS:                                Hallé abierta  
esta encubridora puerta,  
poco más de una hora habrá;  
asomóse una criada  
con un niño, y como vio  
que pasábamos, llamó;  
llegué, el alma alborotada,  
y oyéndome preguntar,  
"¿sois el príncipe?" Que sí,  
celoso la respondí.  
"Gracias, dijo, podéis dar  
a Dios, de que ya tenéis  
un hijo que a Margarita  
y a vos en belleza imita;  
y porque os aseguréis  
de todo punto los dos,  
Marco Antonio está ignorante  
de todo." Díome el infante  
y cerró con un adiós.  
¿Qué os parece?

DIEGO:                              ¡Caso extraño!

LUIS:        Al ama, en fin, se la di,  
qué está parida.

DIEGO:                                Eso sí,  
no será estéril este año.  
¿Y habéis sabido quién es  
el príncipe?

LUIS:                                Ya estuviera

en casa si lo supiera;  
eso aguardo.

DIEGO:               Vamos,,pues,  
que yo os quitaré el deseo.

LUIS:       ¿Cómo? ¿Conocéisle vos?

DIEGO:       Muy bien.

CALVETE:           ¡Bendito sea Dios  
que cumplir tu antojo veo!

DIEGO:       Carlos, príncipe parmés,  
os ganó la bendición,  
y es esposo, en conclusión,  
de Margarita. Después  
sabréis lo que ha sucedido.

LUIS:       Pues ¿no estaba desterrado?

DIEGO:       De hortelano disfrazado  
ha un año que es su marido;  
y esta noche que parida  
estaba, huyó con temor  
de ver que sabe su amor  
su hermano, y puso su vida  
y su honra en mi poder.  
En mi casa deposita  
amor vuestra Margarita;  
vamos, si la queréis ver.

LUIS:       ¿Príncipe era el hortelano?  
Con tan gran competidor  
temerario fue mi amor.  
El apetito villano  
persuade al pensamiento  
mil quimeras, que no sé  
si resistirlas podré,  
don Diego, si está al sediento  
brindando el arroyo claro,  
si puede vivir el muerto,  
si el que navega ve el puerto,  
si toca el oro el avaro,  
si ve la joya el ladrón,  
si el asalto el capitán,  
al norte la piedra imán,  
y, en fin, Amor la ocasión,

¿no será cualquier reparo  
que le resista violento?  
Claro está; yo soy sediento,  
muerto, navegante, avaro,  
ladrón, capitán y amante;  
pues si agua, vida, puerto, oro,  
asalto, ocasión, tesoro,  
me ha puesto el cielo delante,  
¿quién pondrá a mi gusto tasa  
cuando la ocasión le espera,  
ni quién la osará echar fuera  
si ella misma se entra en casa?

ELENA: (¡Ay, sospechoso temor, Aparte  
mi desdicha averiguastes!)

DIEGO: Contra amorosos contrastes,  
don Luis, basta el valor.

Margarita tiene dueño.  
Ella es noble y vos honrado;  
de mi valor se ha fiado  
y es mi palabra el empeño  
sobre quien su honor confía,  
y es razón que lo defienda,  
pena de perder la prenda  
que ella estima por ser mía.

Bien sé que lo que decís  
es sin veros al espejo  
de la razón y el consejo,  
y que sois vos, don Luis,  
tan cuerdo, que cuando Amor  
la entrada segura os diera,  
el apetito venciera  
vuestra nobleza y valor.

*Echa mano*

Mas por sí, o por no, dejad  
vuestra amorosa querella  
en esta raya o en ella  
dejaré vuestra amistad

por más prendas que en ella haya;  
que ser amigo es deshonor  
del que en ofensa de la honra  
sus gustos no tiene a raya.

LUIS: Dame, amigo, aqueos brazos,  
que injustamente lo fueras  
si enojado no rompieras  
de mi amor los ciegos lazos.

Habló sin pedir licencia  
a la razón el deseo;  
mi culpa y tu enojo veo;  
mas sirva de penitencia  
mi justo arrepentimiento,  
que el fuego que me provoca  
sacó el alma por la boca,  
porque estaba en mí violento.

Tántalo soy; el manjar  
que mi apetito interesa  
me pone Amor en la mesa  
sin dejármele tocar.

Ven, que persuadido quedo,  
por mucho que pueda Amor,  
que podrá más el valor  
de don Luis de Toledo.

DIEGO: Vamos, que esa hazaña sola  
es digna de aquese pecho.  
Pero ¿qué hazañas no ha hecho  
la cortesía española?

Contra ti has de pelear.

LUIS: (¡Cielos, que viendo que abrasa   Aparte  
el fuego el dueño a su casa  
no le ha de poder matar!)

*Vanse don LUIS y don DIEGO*

CALVETE: Pacheco, ¿qué suspensión  
es ésa?

ELENA: Es mi desventura,  
es pena, es rabia, es locura

y es la misma confusión  
 del infierno. ¿Margarita  
 en casa con don Luis?  
 Celos, ¿a questo sufrís,  
 cuando amor os precipita?  
 ¡Fuera vida, seso afuera,  
 fuera inútiles disfraces!  
 Sepa quién soy

CALVETE: ¿Qué es lo que haces?

ELENA: Muera Margarita y muera  
 don Luis.

CALVETE: ¿Estás borracho?

.....

.....

.....[ -acho].

¡Jesús! ¿Qué te importa a ti  
 Margarita?

ELENA: ¡Bueno es eso!

El alma, la vida, el seso,  
 que por su ocasión perdí.

¿Piensas tú que soy Pacheco?

CALVETE: Pues ¿quién eres?

ELENA: ¿Qué sé yo?

Un árbol que Amor plantó,  
 verde ayer y ahora seco.

(¡Ay, confusos devaneos!      Aparte

¿Así quién soy descubris?

¿Por qué, honor, no resistís  
 mis frenéticos deseos?

Si aquéste sabe quién soy,

a don Luis se lo dirá,

y sin razón cortará

la tela que urdiendo voy;

impórtame divertirle

de este pensamiento. Amor,

siempre sois enredador;

prevenidme qué decirle.)

CALVETE: ¿Qué, no eres Pacheco?

ELENA: No.

CALVETE: Dime, pues, ¿cómo te llamas?

ELENA: Infierno de amor.

CALVETE: ¿Luego amas  
a Margarita?

ELENA: Enlazó  
en sus brazos mi esperanza  
la hiedra que, ya marchita,  
adivina en Margarita  
mi muerte por su mudanza.  
¡Ay, si supieras quién soy!  
Mas, si muero porque callo,  
poco importa declarallo  
y morir, pues loco estoy.

CALVETE: ¿Quién eres?

ELENA: El desdichado  
príncipe de Parma.

CALVETE: ¿Quién?  
¿Tú príncipe?

ELENA: Yo.

CALVETE: ¡Oh, qué bien!  
Pocas muelas he mamado.  
¿A mi engañifas?

ELENA: ¡Pluguiera  
al cielo que no me honrara  
con tal nombre, que no entrara  
en Bolonia, que no viera  
con Margarita mi daño,  
que no pagara tributo  
a mi amor el suyo en fruto  
que sembré y cogí en un año!  
Del hijo de quien es madre  
soy padre.

CALVETE: Serlo podéis;  
pero, pardiez, que tenéis  
ruines barbas para padre.  
Pacheco, si ha sido gana  
de darme papilla al niño  
con ella, que sois lampiño,  
y yo extendiendo toda arana...

ELENA: Vete, necio, que no estoy  
para burlas ni quimeras

cuando salen tan de veras  
 mis desdichas. Di que soy,  
     a Margarita, heredero  
 de Parma desposeído,  
 por príncipe aborrecido  
 y amado por jardinero.

Di que, pues el español  
 me afrenta y sus brazos goza,  
 sin que el valor de Mendoza  
 lo estorbe, que cuanto el sol  
     viste de oro y el mar baña,  
 tengo de peregrinar  
 hasta que pueda vengar  
 la injuria que me hace España.

Dile que de celos muero  
 y que la vida me enfada;  
 pero no le digas nada,  
 que es don Luis caballero;  
     ella noble, y sin sentido  
 mis celos, que sin querer  
 juzgan lo que puede ser  
 como si ya hubiera sido.

CALVETE:      Tú lo dices de tal suerte,  
 que cuando burlarme trates,  
 aunque ensartas disparates,  
 de lástima he de creerte.

Pero ¿cómo puede ser,  
 rapaz, lo que dices cierto,  
 si ha un año que está encubierto  
 en casa de esa mujer  
     el príncipe, y de su estado  
 por el marqués excluído?

ELENA:      Basta decir que yo he sido  
 quien de pastor disfrazado,  
     temeroso del marqués  
 de Monferrato, la quinta  
 donde a Chipre el Amor pinta,  
 cultivé por interés  
     de otra Venus en beldad  
 que me dio un ángel que incita

al amor.

CALVETE: Si a Margarita  
gozabas con libertad  
hecho hortelano, ¿a qué efeto  
dejaste el rústico traje  
y escogiste más ser paje  
de don Diego?

ELENA: No hay secreto  
que permanezca si el ciego  
descubre sus travesuras;  
sembró sus gustos a oscuras  
y a luz sacó el fruto luego.  
Supo su hermano el suceso,  
mandó ausentarme el temor,  
mas, como, aunque niño, Amor  
es temerario y travieso,  
por no ausentarme de aquí  
y saber de esta maraña  
al fin, el valor de España  
en mi favor escogí.

CALVETE: Pues ¿por qué más a don Diego  
que a otro?

ELENA: ¡Jesús, qué extraño  
sois, Calvete! Si en un año  
que cual mariposa al fuego  
me abraso por Margarita,  
sé que es don Luis su amante  
y que no hay hora ni instante  
que su amor no solicita,  
discreción fue el escoger  
el servirle, pues podía  
andando en su compañía  
a mi Margarita ver  
con don Luis cada instante  
que a solicitarla fuera,  
y mi amor en él tuviera  
siempre un tercero ignorante.

CALVETE: Todo aquesto es evidencia;  
convencióse mi porfía,  
perdóneme vusiría;

pero mal dije, vuslencia,  
 que yo diré a mi señor  
 que es el príncipe.

ELENA: El secreto  
 me importa, mas yo os prometo  
 de haceros mucho favor  
 si con debido recato  
 mi estado y nombre encubris,  
 que es amigo don Luis  
 del marqués de Monferrato,  
 y no menos que la vida  
 en que lo ignore me va.

CALVETE: Desde hoy la lengua estará  
 por ti al paladar asida.  
 Pero más satisfacción  
 tu Margarita merece  
 si por tu causa aborrece  
 de mi señor la afición.

ELENA: ¡Ay, cielos! Que su hermosura,  
 corre riesgo en su poder,  
 y Amor no sabe perder  
 el tiempo ni coyuntura.

CALVETE: Don Luis ha prometido  
 no agraviarla, y de su honor  
 es don Diego el defensor;  
 firme ella, tú su marido,  
 no hay trance que temer puedas.

ELENA: Ni hombre que pueda estar,  
 Calvete, junto al manjar  
 con hambre y las manos quedas.  
 Mas, vamos, que mi presencia  
 la suya hará recatada.

CALVETE: ¿Hay noche más enredada?

ELENA: ¡Hola!

CALVETE: ¿Qué manda vuslencia?

*Vanse. Salen CARLOS y PEYNADO*

PEYNADO: En una sala encerrado

hasta ahora me ha tenido,  
 adonde el pobre Peynado  
 a tragos por ti ha sorbido  
 la muerte. De modo he estado  
     esta noche en el encierro  
 o prisión, que, si por hierro  
 Marco Antonio me matara,  
 en mis calzones hallara  
 la cera para el entierro.

Darme la muerte quería,  
 según por entre la puerta  
 lo escuché, en viniendo el día.  
 Ya su hermaná estará muerta...

CARLOS:      ¿Qué dices? ¡Ay, prenda mía!

PEYNADO:     A no romper la ventana  
 y escorrirme, esta es la hora  
 que me hace cenar sin gana  
 con Cristo, y que Menga llora  
 su luto y viudez temprana.

    Todo lo sabe, par Dios;  
 por mataros a los dos  
 juntos, esta noche ha sido  
 disimulado, fingido;  
 pero no hallándoos a vos,  
     ya habrá visto Margarita  
 la tierra de la verdad.

CARLOS:      Antes que el cielo permita  
 tan inhumana crueldad,  
 venganza tan inaudita,  
     no admita otra vez el sol  
 desde el sepulcro español  
 la oriental y hermosa cuna,  
 ni sirva otra con la luna  
 a la noche de farol.

    ¡Ay mi adorada inocente!  
 Si en duda puede el temor  
 darme la pena presente,  
 averiguado el rigor  
 de vuestro hermano inclemente!  
     ¿Qué hará en mí? Pero es cristiano

y noble, y al fin su hermano;  
no hará crueldad como ésa.

PEYNADO: Los golpes con que la huesa  
abrió el azadón villano  
sentí, aunque preso, señor,  
y el intento oí después  
del airado matador,  
porque bien sabéis que es  
todo oídos el terror.

De una mujer afligida,  
atormentada o parida,  
sentí suspiros y llantos,  
pedir reliquias y santos  
y encomendarlos su vida.

CARLOS: ¡Villano, loco, atrevido,  
vete, antes que el pesar  
..... [-ido]  
crezca y no me dé lugar  
para serte agradecido!

*Vase PEYNADO*

¿Cómo no me he vuelto loco?  
Pero sin entendimiento  
fuera, esposa, el sentimiento  
de tU injusta muerte poco.  
Para tu venganza invoco  
tu inocencia; entrad, Amor,  
y sed vos el vengador,  
aunque el castigo no iguale  
a la culpa. Un hombre sale.

*Sale MARCO Antonio*

MARCO: Huyó el príncipe traidor  
con mi hermana, y mi venganza,  
por tardar, no satisfizo  
mi agravio; mas ¿cuándo hizo

cosa buena la tardanza?  
 Si mi ventura le alcanza,  
 mi muerto honor resucita,  
 a un tiempo tres vidas quita;  
 la de Carlos fermentido,  
 la del hijo mal nacida  
 y la vil de Margarita.

CARLOS:        ¡Cielos, Marco Antonio es éste!

Mil gracias rendiros quiero,  
 pues se vino donde espero,  
 que aquí su castigo apreste.

Caín de manos crüeles  
 más bárbaro y fiero que él,  
 pues Caín mató un Abel  
 y tú has muerto dos Abeles,

Herodes, cuyas hazañas,  
 para tu afrenta inclementes,  
 es dar la muerte a inocentes,  
 en cuya sangre te bañas.

Pide al cielo si permite  
 que un ángel vengado esté,  
 que cada instante te dé  
 mil vidas que yo te quite;

que aun no igualara el valor  
 de todas cuantas les des  
 con la suya, que al fin es  
 un ángel y no un traidor.

MARCO:        Que vienes sin seso creo

o por otro me has hablado,  
 pues las obras has culpado  
 que aún no ejecutó el deseo.

¿A qué Abel mi enoja quita  
 la vida, que vengar quieres?

CARLOS:        ¿No sabes quién soy?

MARCO:        ¿Quién eres?

CARLOS:        El alma de Margarita,  
 que en señal de su inocencia,  
 como la vengo a heredar,  
 no tuvo que me dejar

sino es el alma en herencia,  
su venganza solicita.

MARCO: ¿Eres Carlos?

CARLOS: Carlos soy,  
que con dos almas estoy,  
porque vive Margarita,  
bárbaro tirano, en mí,  
pues cuando determinaste  
dividir las, las juntaste  
para venir contra ti.

MARCO: Ya tengo que agradecerte  
pues me excusas de buscarte,  
y aunque en albricias de hallarte  
te tengo de dar la muerte,  
primero que te la dé  
y con ella satisfagas  
la injuria de los Gonzagas,  
su sangre, nobleza y fe,  
quiero saber si perdida  
la vida con el honor  
murió mi hermana.

CARLOS: ¡Traidor!  
Pues siendo tú el fratricida,  
¿me lo preguntas a mí?

.....

.....

..... [-í].

Yo no podré castigar  
con tu muerte tu delito,  
pues si la vida te quito  
aún no comienzo a vengar  
a mi esposa. Mas, traidor,  
gente viene; ven tras mí,  
que quiero cobrar de ti  
como de mal pagador.

*Echan mano y vanse. Salen don DIEGO y don*

*LUIS*

DIEGO: Entretanto que no viere  
el príncipe no tendrá  
sosiego.

LUIS: Celoso está  
mi amor por lo que le quiere,  
y vengo huyendo del fuego  
que mis entrañas abrasa,  
que aun no oso quedar en casa  
con ella y sin ti, don Diego.

DIEGO: Con eso das testimonio,  
don Luis, de tu valor.

*Hablan dentro*

MARCO: ¡Ah, príncipe engañador!

CARLOS: ¡Ah, tirano Marco Antonio!

DIEGO: Al príncipe oí nombrar.

LUIS: Yo á Marco Antonio, el hermano  
de Margarita.

DIEGO: No en vano  
nos trujo a este lugar  
el cielo. Llega a apartarlos,  
que se matan.

LUIS: Caballeros,  
tened los nobles aceros,  
que entre Marco Antonio y Carlos  
la amistad y el parentesco  
han de ser los medios sabios  
con que se olviden agravios  
antiguos.

DIEGO: Si es que merezco  
esta merced en favor,  
príncipe, de que una dama  
que vive en mi casa os llama  
de su libertad deudor,  
parad la espada y la mano,  
que morirá Margarita  
si esta pendencia le quita  
a su esposo o a su hermano.

*Salen MARCO Antonio y CARLOS*

CARLOS: ¿Cómo, pues, vive mi esposa?

DIEGO: Y viva por muchos años.

MARCO: ¡Ay, sospechosos engaños!

CARLOS: ¡Ay, prenda del alma hermosa!

LUIS: En vuestro nombre me dio  
un ángel, de quien sois padre,  
que como es ángel su madre,  
su semejanza parió.

Y don Diego, que venía  
en mi busca, a vuestra esposa  
encontró que, temerosa  
de Marco Antonio, salía  
de su casa; y porque os cuadre  
el contento, quiso Dios  
que llevásemos los dos  
a la nuestra el hijo y madre.

CARLOS: Hoy vuelvo a vivir de nuevo.

MARCO: ¿Quién en una noche vio  
tanto enredo?

CARLOS: Sepa yo  
a quién tanta merced debo.

LUIS: Por don Diego de Mendoza  
a vuestra esposa adquirís.

DIEGO: Solamente don Luis  
de Toledo el favor goza  
con que os sirve, y le debéis  
aún más de lo que pensáis,  
..... [ -áis]  
Disponer de ella podéis,  
que a la española nación  
no es mucho ofrecer la vida.

LUIS: Margarita está afligida,  
recelosa, con razón,  
de la enemistad antigua  
que entre Marco Antonio y vos  
se conserva, pues que Dios

con tanta paz averigua,  
 a pesar de la fortuna  
 vuestra, prolijas pasiones,  
 sean uno los corazones,  
 pues que ya la sangre es una.  
 Las manos habéis de daros  
 de amigos.

*De rodillas*

CARLOS: Más razón es  
 que os dé rendido a esos pies  
 mis armas para vengaros,  
 pues viviendo Margarita  
 satisfecho moriría,  
 porque el agravio lo esté  
 que a darme muerte os incita.  
 Para que os venguéis escojo,  
 Marco Antonio, este lugar,  
 porque en él han de quedar,  
 o mi vida o vuestro enojo.

LUIS: La nobleza en pechos sabios  
 olvidos de injurias cría.

MARCO: Príncipe, la cortesía  
 puede más que los agravios.  
 Dadme aquesa noble mano  
 y esos brazos que yo os doy.  
 ..... [ -oy].

CARLOS: Y yo nombre de mi hermano.  
 Vamos a ver a mi esposa.

DIEGO: ¿Hay ventura más extraña?

MARCO: Siendo medianera España  
 por fuerza ha de ser dichosa.

CARLOS: ¡Qué os he de ver cara prenda!

LUIS: Don Diego, en esta ocasión  
 gozará, echando al ladrón  
 de casa, el alma su hacienda.

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

---

## JORNADA TERCERA

---

*Sale doña ELENA, de hombre, y  
MARGARITA*

ELENA:        La lástima que me han hecho  
vuestras desgracias, señora,  
junto con mi inclinación  
que por ser noble es piadosa,  
me ha obligado a buscar modo  
con que el peligro socorra,  
que corren a un mismo tiempo  
vuestra vida y vuestra honra.  
De España vine a ser paje  
de don Diego de Mendoza,  
y aunque paje, bien nacido,  
como hablan por mí las obras.  
De vuestros amores supe  
aquesta noche la historia,  
que aunque comienza en tragedia  
muchas el cielo revoca.  
También supe la ocasión  
que os sacó de noche y sola  
de vuestra quietud y casa  
librando la vida a costa  
del qué dirán, monstruo vil  
en cuya bárbara boca  
tantas honras hemos visto  
despedazadas y rotas.  
Alegre estaréis sin duda  
de que en una casa propia  
halléis socorro, hijo y madre,  
en la nobleza española.

¿Quién duda que aguardaréis  
que salga la blanca aurora  
huyendo del sol, que ensarta  
en hilos de oro su aljófar,  
para que el príncipe venga  
y a vuestros pesares ponga  
alegre fin, dando treguas  
a vuestro llanto y congojas?  
Don Luis, que en casa ha visto  
la ocasión, vencido borra  
promesas y obligaciones,  
y a los pies del gusto postra  
respetos y cortesías.  
Si no huís dentro de una hora  
a la luz de esa hermosura  
será ciega mariposa,  
que, aunque queme su nobleza  
las alas a la memoria,  
traerá otra vez el agravio  
que a Tarquino echó de Roma.  
Don Diego, como es su amigo,  
ni os defiende ni reporta  
con el freno del consejo  
su determinación loca.  
Antes por darle lugar  
se ha ausentado de Bolonia;  
ved vos, si se va el que os guarda,  
¿qué hará el ladrón con las joyas?  
El príncipe, que pudiera  
defenderos como a esposa,  
yéndole yo a dar aviso,  
imposible es que os socorra,  
porque, según en corrillos  
lo dice la ciudad toda,  
dejando el tosco disfraz,  
tomó para Parma postas,  
donde estableciendo paces  
perpetuas, otra vez cobra  
su estado, dando de esposo  
la mano a la hija hermosa

del marqués de Monferrato  
y previniendo a sus bodas  
mil fiestas que a vuestro amor  
harán las fúnebres honras;  
pues decir que vuestro hermano,  
aunque esta casa os esconda,  
ha de ignorar dónde estáis;  
sabiendo que os sirve y honra  
don Luis, es ignorancia;  
y si viene, ¿quién le estorba  
que rompiendo vuestro pecho  
con él su agravio no rompa?  
Celos, peligro y temor  
contra vos al arma tocan,  
que es propio de las desgracias  
convidarse unas a otras.  
Mirad si os ofrece el alma  
remedio al mal que os asombra,  
y si no le halláis bastante  
y queréis poner por obra  
el que os tengo prevenido,  
con determinación corta  
le ejecutad, porque os va  
en la brevedad la honra.

MARGARITA: Días ha, amigo Pacheco,  
que se ha hecho el alma sorda  
a mil pronósticos tristes  
que quieren cumplirse ahora.  
El terror, que es adivino,  
revolvió las tristes hojas  
de mis desdichas, y en ellas  
leyó mi ventura corta.  
Ya yo temí la mudanza,  
de Carlos, que era forzosa,  
porque una mujer gozada  
es trato que anda de sobra.  
Pero, pues salieron falsas  
las promesas que en lisonjas  
lleva el viento, y en mi ofensa  
goza a Claudia y me deshonra,

cuando venga Marco Antonio  
y me dé muerte, ¿qué importa,  
si a falta suya han de ser  
verdugos mis manos propias?  
Carlos me ha menospreciado,  
y cuando no corresponda  
don Luis a su favor  
ni don Diego de Mendoza  
a su palabra y mi ayuda,  
siendo los celos ponzoña,  
y yo basilisco de ellos,  
matarélos si me tocan.  
Déjame que en esas calles  
dando voces interrompan  
mis agravios el silencio,  
para que los hombres oigan  
de un cruel hombre la inconstancia;  
deja que cual toro rompa  
la imagen del padre ingrato  
en el hijo vil.

ELENA:                    ¡Señora...!

MARGARITA:    Yo iré a Parma, falso Carlos;  
                         Progne he de ser en tus bodas;  
                         tu hijo he de hacer pedazos  
                         para que sus carnes comas.

ELENA:            Sosiegate.

MARGARITA:            ¿Cómo puedo?

ELENA:            Escuchándome.

MARGARITA:            Estoy loca.

                         ¿Qué quieres decirme?

ELENA:                    Carlos  
                         no está casado hasta ahora.  
                         ¿Qué sabemos si pretende  
                         mientras que su padre toma  
                         la posesión de su estado  
                         que ha tanto que por él llora,  
                         engañar así al marqués  
                         para que en quietud dichosa,  
                         a pesar de sus contrarios,  
                         te llame Parma señora,

después?

MARGARITA:           Con esas promesas  
su voluntad cautelosa  
entretuvo mi esperanza,  
Pacheco, no ha muchas horas.  
¿Qué me aconsejas?

ELENA:                 Yo he dado  
una traza milagrosa  
que, para que se ejecute,  
tu aprobación falta sola.  
El ama que a mis señores  
sirve es una labradora  
de aquí cerca, cuyo padre  
una milla de aquí mora,  
y es quintero del marqués  
de Monferrato, el que toma  
a Carlos todo su estado.

MARGARITA:   Ése mi esperanza agosta.

ELENA:        Ya tú sabes que aquí cerca  
labró con soberbia y costa  
una casa de placer  
donde deposita Flora  
su apacible primavera,  
y donde Amaltea hermosa  
vierte, a pesar del invierno,  
eternamente su copia.  
Si este rústico te lleva  
disfrazada con las ropas  
de su hija, imaginando  
que eres una labradora,  
a quien por querer yo bien  
y que nadie te conozca  
en su quinta, por mi cuenta  
que estés oculta me importa,  
podrás aguardar segura,  
si la Fortuna mejora  
tus desgracias, excusando  
los peligros que te asombran;  
y yo partiéndome a Parma  
haré con Carlos de forma

que de Claudia la presencia  
 no destierre tus memoriás.  
 Y cuando casarse intente,  
 como la fama pregona,  
 buscaremos trazas nuevas  
 que estorbo a su intento ponga.  
 ¿Qué dices?

MAttGAR.               Que no sé quién  
 en mi favor te provoca  
 cuando todos me persiguen.

ELENA:               Mi inclinación que es piadosa.  
 Al labrador tengo hablado  
 y a mi gusto se acomoda,  
 de su hija prevenidas  
 las galas pobrles y toscas.  
 El camino es breve, el tiempo  
 acomodado, pues, corta  
 a la noche con tijeras  
 de plata el alba las ropas.  
 A la puerta está el peligro  
 la diligencia negocia  
 y es madre de la ventura.  
 ¿Qué escoges?

MARGARITA:           Fuerza es que escoja  
 tus consejos saludables.

ELENA:               ¡Alto, pues! Vamos, señora,  
 por el niño cuya vista  
 alivio dé a tus congojas,  
 que el labrador nos espera,  
 y con tan bella pastora  
 brotará flores la quinta.

MARGARITA:       Si vengo a ser más dichosa,  
 yo pagaré largamente  
 esta industria.

ELENA:               (¡Amor, vitoria!   Aparte  
 Ya está el enemigo fuera,  
 ya no se abrasará Troya  
 ni don Luis gozará  
 la ocasión que le provoca.)

MARGARITA:       ¡Ay, Carlos, al fin mudable!

ELENA: ¡Ay, industrias amorosas!

*Vanse. Salen MARCO Antonio, JULIO y  
CARLOS*

JULIO: El príncipe y el marqués  
con Claudia estarán, señor,  
en la quinta de Belflor;  
razón será que le des  
con tu presencia un buen día.  
De Peynado el jardinero  
saben, que en traje grosero  
disfranzas la gallardía  
que ha envidiado Italia en ti,  
y por esto a Belflor vienen,  
donde prevenidas tienen  
tus bodas; no está de aquí  
sino una milla. ¿Qué aguardas,  
viendo que te está esperando  
Claudia, por siglos juzgando  
las horas que en verla tardas?

CARLOS: Marco Antonio: si merece  
que le deis fe mi valor,  
nuestra amistad y el amor  
que desde hoy en los dos crece,  
para cobrar el estado  
que me ha usurpado el Marqués,  
con cuyo favor después  
el que a vos os ha quttado  
restauremos, es forzosa  
hoy a Belflor mi partida,  
y porque no me lo impida  
Margarita, que, celosa  
de Claudia, ha de pretender  
partir en mi compañía  
o no dejarme ir, querría,  
antes de verla, poner  
mi intento en ejecución.

.....

.....  
 ..... [ -ón]  
 ¿Qué os parece?

MARCO:                    Aunque mudanza  
 temo, sé vuestro valor,  
 y que si es cuerdo el temor,  
 es noble la confianza.

    Partid, príncipe, en buen hora;  
 cobrad a Parma, que es justo,  
 como reservéis el gusto  
 para quien en él adora.

    Pero, porque no le ofenda  
 cuando miréis la beldad  
 de Claudia, al Amor llevad  
 cual le pintan, con la venda  
 a los ojos.

CARLOS:                    A entender  
 con queso me habéis dado  
 que el amor cuando es honrado  
 sólo a su dama ha de ver,  
 quedando ciego en su ausencia;  
 pero, Marco Antonio amigo,  
 al tiempo doy por testigo,  
 por fiadora a la experiencia,  
 y por jueces a los dos,  
 de mi invencible constancia.  
 Mi partida es de importáncia;  
 presto os veré. Adiós.

*Vase don CARLOS*

MARCO:                    Adiós.  
 Don Luis y don Diego viven  
 aquí; prevenirlos quiero  
 que a mi hermana hablen primero,  
 porque si no la aperciben  
 de la amistad que hemos hecho  
 el príncipe y yo, el temor  
 de mi pasado rigor

que la matará sospecho.

Quiero llamar, pero aquí  
pienso que salen los dos.

*Salen don LUIS y CALVETE*

LUIS: ¿El príncipe?

CALVETE: Juro a Dios  
que la llevó y que lo vi  
por éstos que han de comer  
garrapatas. ¿Quieres más?

LUIS: ¿Pues has visto tú jamás  
al príncipe?

CALVETE: Desde ayer  
le he visto y comunicado;  
todo el suceso me dijo  
de su amor. Suyo es el hijo  
que nos dieron. Disfrazado  
por Margarita ha ya un año  
que goza de su beldad.

LUIS: Basta, todo eso es verdad.

CALVETE: A mí no hay hacerme engaño.

Celoso de que su amante  
fueres estando ella aquí,  
no ha media hora que la vi  
llevarla. Llegué arrogante,  
tentéla determinada,  
que es colérica y no espera,  
saqué el pie derecho fuera,  
conocíle y no hubo nada.

Al fin con gravedad nueva  
me dijo, "Hola, a quien llegare  
si por ella os preguntare  
decid, `el príncipe la lleva.""

Partióse, y fuíme a dormir.  
¿Quieres más?

LUIS: No.

CALVETE: Voyme a echar.

*Vase*

LUIS:       Debióse de adelantar  
          Carlos, y por prevenir  
          el riesgo de una ocasión,  
          se la llevó. Ya sosiego;  
          a buscar voy a don Diego.  
          Extraños enredos son  
          los que aquesta noche ha habido.

MARCO:      ¿Qué hay, don Luis valeroso?

LUIS:        ¡Oh, Marco Antonio famoso!  
          No por poco prevenido  
          el príncipe perderá  
          lo que es suyo de derecho.  
          Poca confianza ha hecho  
          de quien sirviéndole está.

MARCO:      ¡Cómo!

LUIS:        ¿No lo sabéis?

MARCO:      No.

LUIS:        A Margarita ha sacado  
          de casa desconfiado  
          de que, por amarla yo,  
          había de estar segura  
          su belleza en mi poder.

MARCO:      Eso, ¿cómo puede ser?

LUIS:        Así quien lo vió lo jura.

MARCO:      Pues vase ahora de aquí  
          a Belflor determinado  
          de cobrar su antiguo estado  
          a costa de dar el sí  
          a Claudia, y porque por ella  
          mi hermana no le impidiese  
          su camino o le siguiese  
          a Belflor, se va sin ella,  
          ¿y decís que la sacó  
          de casa?

LUIS:        Lo cierto es esto.

MARCO:      En confusión me habéis puesto  
          notable.

LUIS: Si se apartó  
anoche de vos, es cierto  
que vino por ella.

MARCO: Sí,  
luego que me despedí  
de vos se fue. ¿Si la ha muerto  
por quedar libre y poder  
casarse con Claudia?

LUIS: No,  
que es noble y cristiano.

MARCO: Y yo  
desdichado. Sin querer  
ver a su esposa, partir  
a Belflor con tanta prisa,  
¡qué tarde el alma me avisa!  
No quiso, por encubrir  
su muerte, verla conmigo.  
¡Ah promesas lisonjeras!  
¡Nunca fue amigo de veras  
quien de veras fue enemigo!  
Testigo ha de ser Belflor,  
si al homicida hallo en él,  
del castigo más crüel  
que dio un agravio a un traidor.

LUIS: Si aqueso es cierto, el primero  
seré en vengar su inocente  
sangre.

MARCO: ¡Ah, príncipe inclemente!

LUIS: Ir con vos a Belflor quiero.

MARCO: ¡Ah, Margarita engañada!

LUIS: La quinta pienso abrasar.

MARCO: ¡Qué poco que hay que fiar  
de amistad reconciliada!

*Vanse. Salen el MARQUÉS y el PRÍCIPE de  
Parma, viejos, CLAUDIA y otros*

MARQUÉS: Menos la luz se estimara  
si no hubiera oscuridad,

y a faltar la enfermedad  
 la salud no se preciara.  
 El mar furioso declara  
 lo que la bonanza encierra,  
 realza al llano la sierra  
 como la fea a la hermosa,  
 y así nunca es tan preciosa  
 la paz como tras la guerra.

Ejemplo de esta verdad  
 será, príncipe excelente,  
 la que establece al presente  
 nuestra antigua enemistad.  
 Para más conformidad  
 tocó cajas al rigor  
 de nuestro antiguo furor,  
 mas ya con paz nos abraza  
 y de dos opuestos traza  
 nuestro parentesco amor.

PRÍCIPE: Cuando la guerra prolaja  
 después de tantos enojos  
 no me diera más despojos  
 que por hija a vuestra hija,  
 es justo, marqués, que elija  
 desde hoy mi dicha, la gloria  
 y premio de la vitoria;  
 porque cuando yo os venciera,  
 ¿con qué otra cosa pudiera  
 eternizar mi memoria?

¡Dichoso Carlos, que aguarda  
 ser dueño de tal belleza!

MARQUÉS: Más merece su nobleza.  
 Claudia juzgará que tarda;  
 que aunque el temor la acobarda,  
 con el femenil recato  
 como desposarla trato  
 hoy deseará ver  
 a quien su esposo ha de ser  
 y heredar a Monferrato.

PRÍCIPE: Nuestros pasados enojos  
 nunca les dieron lugar

para verse ni gozar  
 Carlos la luz de estos ojos.  
 Entre groseros despojos  
 Bolonia le ha disfrazado;  
 pero, pues ya está avisado  
 del bien que el cielo le da,  
 presto, señora, vendrá  
 humilde y enamorado.

¿Habéisle cobrado amor?

CLAUDIA: Nunca mi gusto aborrece  
 lo que estima y le parece  
 bien al marqués, mi señor.

PRÍCIPE: Vos respondistes mejor  
 que yo supe preguntar.

MARQUÉS: Vamos, démosla lugar  
 que con el deseo trate  
 de Carlos, y la retrate,  
 que amor bien sabe pintar.

*Vanse los el PRÍCIPE y el  
 MARQUÉS*

CLAUDIA: Si son propiedades ciertas  
 de Amor que aún está en calma,  
 que para entrar en el alma  
 los ojos le abran las puertas,  
 ¿cómo en mí, no estando abiertas,  
 me presenta sus despojos  
 mi padre por darme enojos?  
 Pues de los cinco sentidos  
 la fe escoge los oídos,  
 pero Amor sólo los ojos.

Déjeme verle y hablalle,  
 sepa mi amor lo que merca,  
 que quien ha de estar tan cerca  
 no es bien de lejos amalle.  
 Sin ver su presencia y talle,  
 ¿cómo le podré querer?

En un paje suelen ver  
 el talle, el rostro y lenguaje,  
 pues ¿importa más un paje  
 que quien mi esposo ha de ser?

*Salen doña ELENA, da galán, y  
 CALVETE*

ELENA:       ¿Margarita está contenta  
 y segura de mi amor?

CALVETE:     Contado le he a mi señor  
 todo el caso; pero intenta  
           estorbar que a Claudia veas;  
 con Marco Antonio vendrá  
 aquí, que dudoso está  
 de que en Margarita empleas  
           todo el gusto, sin que tenga  
 Claudia en él alguna parte  
 con que te obligue a casarte.

ELENA:       Cuando Marco Antonio venga  
           conocerá la firmeza  
 de mi noble inclinación.

CLAUDIA:     ¿Qué gente es ésta? ¿Si son  
 pajes de Carlos? Ya empieza  
           a prevenirse el deseo.  
           ¿Si habrá el príncipe venido?

CALVETE:     Grande atrevimiento ha sido  
 traerla aquí.

ELENA:               Ya lo veo,  
           aunque estando su belleza  
 encubierta como está,  
 de aqueso modo será  
 testigo de mi firmeza.

CLAUDIA:     Lo que hablan quiero escuchar.

CALVETE:     Di, pues, quién eres, señor,  
 porque se alegre Belflor.

CLAUDIA:     Si Belflor se ha de alegrar  
           con su venida, ¿quién duda  
 que es este el príncipe? ¡Ay, cielos!

ELENA: Calvete, algunos recelos  
puesto me tienen en duda.

CALVETE: Si eres, Carlos, heredero  
de Parma, ¿qué hay que temer?

ELENA: No he de darme a conocer  
sin ver a Claudia primero.

CLAUDIA: ¿Verme quiere? Mi opinión  
sigue, que Amor se conquista  
solamente por la vista.  
No previene la ocasión.  
¿Si está el cabello compuesto?  
¿Si tengo igual el vestido?  
¡Qué sin pensar me has cogido,  
Amor, en el lazo puesto!

CALVETE: El cielo las partes haga  
de tu esposa.

ELENA: Sí, hará.

CLAUDIA: ¿Su esposa me llama ya?  
Recíprocamente paga  
mi amor, que es un angel de oro  
el principillo.

ELENA: No entiendas  
que interés, belleza o prendas  
me han de vencer, que la adoro  
y es mi esposa.

CLAUDIA: Que me adora  
dice. Perdona el temor  
que le he de hablar... ¡Ah, señor,  
con tal silencio!

ELENA: ¡Oh, señora!  
¿Conocéisme vos a mí?

CLAUDIA: El alma que profetiza  
su dicha en vos solemniza  
a Carlos.

ELENA: ¿Sois Claudia?

CLAUDIA: Sí.

CALVETE: Por Dios que nos ha escuchado.

ELENA: Dadme aquesa mano bella,  
honraré mi boca en ella.

CLAUDIA: Aunque sois tan deseado

no sé si en parte me pesa  
de que a verme hayáis venido.

ELENA: Pues ¿por qué he desmerecido  
tanto bien?

CLAUDIA: No es la causa ésa.

ELENA: ¿Pues cuál?

CLAUDIA: Habéisme pintado  
allá en la imaginación  
un ángel en perfección  
y hermosura, y engañado  
agora, vendré a perder  
lo que en ausencia ganara  
si por tan bella quedara,  
porque jamás suele ser  
igual el original  
a lo que el deseo retrata.

ELENA: Nunca con igualdad trata  
lo humano a lo celestial,  
y siendo Claudia infinita,  
tan rara beldad excede  
a lo que mi ingenio puede  
pintar.

CALVET: (¡Pobre Margarita!)      Aparte

CLAUDIA: De vos la misma razón  
alegar Carlos podría,  
pues como visto no había  
vuestro talle y discreción,  
pintábaos el pensamiento  
un matahombres, enseñado  
más al acero templado  
que al dulce entretenimiento  
con que el amoroso dios  
hace en las almas su empleo;  
pero su retrato veo  
en lo niño y bello en vos.

Vamos, que quiero ganar  
las albricias del marqués,  
aunque siendo el interés  
mío, yo las puedo dar.

ELENA: Impórtame por ahora

que no sepan mi venida.

CLAUDIA: ¿Cómo? ¿Mi dicha no impida  
norabuena?

ELENA: No, señora;  
sólo es por cierto respeto  
que después os contaré.

CLAUDIA: Vamos, pues, que yo os tendré  
con el debido secreto  
que pedís. Pero qué, ¿tanto  
encubierto habéis de estar?

ELENA: Lo que tardase en llegar  
un amigo. (¡Cielo santo, Aparte  
ya yo entré donde no puedo  
salir si no me sacáis!  
En buen peligro, alma, andáis  
por don Luis de Toledo.)

CLAUDIA: (¿Hizo el cielo más hermoso Aparte  
príncipe? Perdida voy.)

ELENA: Vamos, que habéis de ser hoy...

CLAUDIA: ¿Qué?

ELENA: Mi esposa.

CLAUDIA: Y vos mi esposo.

*Vanse CLAUDIA y doña ELENA*

CALVETE: Zampáronse allá los dos.  
Yo no acabo de entender  
qué fin tiene de tener  
tanto embeleco.

*Salen PEYNADO y MARGARITA de labradora*

PEYNADO: Par Dios,  
que por más que os encubráis  
sois Margarita Gonzaga.

MARGARITA: ¡Arre allá; apartaos de zaga!

PEYNADO: Yo no sé si en pena andáis  
desque os mató vuestro hermano,

mas vuestra empergeñadura  
es su misma catadura.

Encubriros será en vano.

Un responso y media misa  
si andáis, Margarita, en pena,  
os haré decir.

MARGARITA:                   ¿No es buena  
la tema en que da? Fenisa  
me llamo. (Si me conocen    Aparte  
en Belflor, perdida soy.

CALVETE:    Señora, dichoso soy.  
en haberte hallado; gocen  
mis labios tus pies.

MARGARITA:                   ¡Verá  
si escampan los desvaríos!

CALVETE:    Calvete soy.

MARGARITA:                   ¡Hola, tíos;  
ténganse les digo allá!

CALVETE:    ¡Oh! ¿Zangamangas conmigo?

PEYNADO:    Vos no debéis de saber  
que anda en pena esa mujer  
y está muerta. Quitaos digo.

CALVETE:    ¿Muerta?

PEYNADO:    Sí, par Dios, yo oí  
abrir su huesa en la huerta  
do la enterraron.

MARGARITA:                   (Por muerta    Aparte  
me tienen.)

CALVETE:    Quita de ahí,  
páparo.

MARGARITA:                   ¿Mas qué he de echarlos?  
¡Si no se van con mal huego!

PEYNADO:    ¿Veislo?

CALVETE:    Yo la haré que luego  
vuelva la hoja.

*Al oído*

Aquí está Carlos,

y si no vas a estorbar  
que no hable a Claudia, par Dios,  
que se picotean los dos.

MARGARITA: ¿Cómo? Espera.

PEYNADO: Es escolar  
y conjúrala al oído,  
¿qué mucho se esté quedita?

CALVETE: Vuestro hermano, Margarita,  
todo el suceso ha sabido  
y presto vendrá a Belflor  
con don Luis y don Diego.  
Carlos está de amor ciego  
por Claudia.

MARGARITA: ¿Ciego de amor,  
y por Claudia?

CALVETE: Aquesto es llano  
si a la vista he de creer;  
ahora acabo de ver  
que se entraron mano a mano  
donde, aunque esté Marco Antonio  
confiado en él, par Dios,  
que deben estar los dos  
consumando el matrimonio.

MARGARITA: ¡Alto! Echó Fortuna el resto  
de mi pena y su rigor;  
hoy abrasaré a Belflor.

*Sale JULIO*

JULIO: Avisen a Claudia presto.

PEYNADO: ¿Qué hay de nuevo?

JULIO: Que ha venido  
Carlos.

CALVETE: ¿Veslo?

PEYNADO: Ya me alegro.

JULIO: Con su padre y con su suegro  
está.

CALVETE: Habrále persuadido  
Claudia, después de gozada,

que se les dé a conocer.

JULIO: El desposorio ha de ser  
 hoy y luego la jornada,  
 que han de ir a dormir a Parma.  
 A Claudia voy a llamar.  
 Adiós.

*Vase JULIO*

MARGARITA: ¿Hoy se han de casar?  
 Celos, toquemos al arma.

Traedme el alma de Carlos,  
 para que la atormentemos.

PEYNADO: Pues ¿soy yo corchete de almas?

MARGARITA: Tú eres el diablo cojuelo.

PEYNADO: ¿Cojo me quieres dejar?  
 ¿Quién diablos me metió en esto?

MARGARITA: Métele en el calabozo  
 que llaman del menosprecio,  
 donde con fuego y azufre,  
 que es azul, le quemen celos.  
 ¿No le traes?

PEYNADO: Ya voy por él,  
 Por el guisopo y caldero  
 voy al cura y monacillos:  
*¡Abernuncio, Jesús, credo!*

*Vase PEYNADO*

MARGARITA: Pasa tú aquí, Asmodeillo,  
 que en tu compañía quiero,  
 como hay visita de cárcel,  
 que haya visita de infierno.  
 Tú días ha que condenado  
 estás.

CALVETE: ¡Zape! Eso reniego.  
 ¿Condenado? Ni aun de burlas.

¿Por qué?

MARGARITA: Por alcabalero.

CALVETE: Por alcahuete dirás.

MARGARITA: Sí, que también el infierno  
como el mundo, sin ser santos,  
tiene su orden de terceros.  
¡Oh, qué de oficios que están  
abrasándose!

CALVETE: Aquí dentro  
no consienten vagamundos.

MARGARITA: ¿Quién son éstos?

CALVETE: Pasteleros.

MARGARITA: O [son] hojaldreros ladrones,  
poca carne, mucho hueso,  
moscas con caldo en verano,  
macho picado en invierno.  
Con sus pelos enhornarlos.

CALVETE: Los de Italia serán éstos,  
porque los de España son  
buenos cristianos.

MARGARITA: Muy buenos.

CALVETE: Todos los que ves son sastres.

MARGARITA: ¿Sastres son todos aquéstos?

CALVETE: Sí, que comen con las puntas  
de las agujas el huevo.

MARGARITA: ¡Par diez!

CALVETE: Ellos son  
muy bellacos marineros,  
pues viendo siempre la aguja  
nunca atinaron al puerto.  
¿No notas la multitud  
de poetas como perros,  
mordiéndose unos a otros,  
no las carnes, mas los versos?

MARGARITA: Tal es la hambre que pasan.

CALVETE: Por eso se andan royendo  
las uñas todos.

MARGARITA: No es poco  
admitirlos el infierno;  
mas ¿cómo están con los sastres?

CALVETE: ¿Agora no sabes eso?

Porque cortan de vestir  
y mienten siempre con ellos.  
Esta es la volatería,  
todo es plumas.

MARGARITA: Ya te entiendo,

que en el infierno también  
hay signos como en el cielo.  
¿No es Carlos éste que está  
con Vireno padeciendo  
por ingrato? Olimpa soy;  
¡ah, villano; aquí te tengo!

*Coge a CALVETE*

Con los pies te he de pisár  
ese corazón blasfemo.  
Quien tal hace que tal pague.

CALVETE: ¡Que me matas!

MARGARITA: ¡Tú me has muerto!

*Vanse. Salen CARLOS, el MARQUÉS y el  
PRÍNCIPE*

MARQUÉS: Otra vez me dad los brazos.

CARLOS: Y el alma, señor, con ellos.

PRÍNCIPE: Dichoso fin a sus canas  
mis prolijos años dieron.

MARQUÉS: Vayan a llamar a Claudia,  
que es a quien de este contento  
le toca la mayor parte;  
hoy os llamará su dueño  
y hoy entraremos en Parma.

CARLOS: ¿Cómo, gran señor, tan presto?

MARQUÉS: Sí, Carlos; que es importante.

CARLOS: (Si en ella una vez me veo      Aparte  
no tendría Margarita  
queja de mí, ni sus celos

ocasión de nuevos llantos.)

*Sale CLAUDIA*

CLAUDIA: ¿Carlos? (¡No puede ser eso!) Aparte

MARQUÉS: Ya, Claudia; vino tu esposo;

en él tienes un espejo  
de nobleza y discreción,  
de gentileza y esfuerzo;  
dale la mano y los brazos.

CARLOS: Con los míos os ofrezco  
un alma, cuyas potencias  
están suspensas de veros.

CLAUDIA: ¿Qué engaño es éste, señores?  
¿Vos sois Carlos?

CARLOS: No merezco  
ser vuestro esposo, mas soy  
Carlos, de Parma heredero.

CLAUDIA: Eso ¿cómo puede ser,  
si es Carlos un ángel bello  
de mi guarda, a cuyos ojos  
se rinden mis pensamientos?

MARQUÉS: Estás sin seso. ¿Qué dices?

CLAUDIA: Yo bien puedo estar sin seso;  
mas, dentro en mi cuarto  
está el Carlos a quien yo quiero.

PRÍCIPE: ¿Hay confusión semejante?

MARQUÉS: Id por él. ¿Qué es esto, cielos?

CLAUDIA: Yo le traeré y juzgaréis  
lo que gano con el truco.

*Vase. Salen don DIEGO, don LUIS y MARCO*

*Antonio*

LUIS: Aquí están todos; veamos  
el fin de aqueste suceso,  
pues si Carlos os ofende,  
que hasta ahora no lo creo,

y a Margarita dio muerte,  
 todos tres satisfaremos  
 vuestro agravio.

DIEGO: Vida y honra  
 por vos perderá don Diego.

MARCO: Sois españoles, que basta.

*Sacan dos LABRADORES a MARGARITA de los brazos, de  
 pastora*

LABRADOR 1: Gracias a Dios que en sí ha vuelto.

MARQUÉS: ¿Qué es esto?

LABRADOR 2: Mande su esencia  
 poner en un aposento  
 esta mujer encerrada,  
 que habiendo perdido el seso  
 da en decir que es Locifer  
 y Belflor es el infierno,  
 los que en ella estamos diablos,  
 y si no la detenemos  
 ya volara aquesta quinta  
 hecha polvos por el viento.

CARLOS: ¡Margarita de mis ojos!

MARGARITA: ¿De tus ojos soy y en ellos  
 tienes a Claudia, traidor?

*De rodillas*

CARLOS: No lo permitan los cielos,  
 sangre ilustre de Gonzaga.  
 Si en los generosos pechos  
 pueden más que los agravios  
 la piedad que vive en ellos,  
 tenedla de Margarita  
 y de mí, que en yugo tierno  
 ha un año que soy su esposo  
 y en su casa jardinero,  
 o dadme perdón o muerte.

PRÍCIPE: ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay, triste viejo!  
 ¿Quién es esta Margarita?  
 CARLOS: Del mayor contrario vuestro,  
 aunque ya es hijo, es hermana.  
 PRÍCIPE: Si es Marco Antonio, primero  
 derramaré tu vii sangre.

*De rodillas*

MARGARITA: La garganta humilde ofrezco,  
 como a mi padre y señor.  
 MARCO: Y yo también este cuello  
 si vuestra gracia no alcanzo.  
 CARLOS: Mi Marco Antonio, aquí os tengo,  
 ya no temeré la muerte.  
 MARGARITA: Cielos piadosos, ¿qué es esto?  
 ¿Tendrán fin tantos pesares?  
 CARLOS: Dadnos perdón.  
 MARQUÉS: Es muy presto.  
 CARLOS: Quien da luego da dos veces.  
 Ya el enojo es parentesco;  
 dos veces nos perdonáis  
 siendo infinitas ejemplo  
 de príncipes.  
 MARQUÉS: ¿Qué he de hacer,  
 si ya no hay otro remedio?  
 MARCO: Perdón, señor, os pedimos.  
 MARGARITA: Padre sois.  
 PRÍCIPE: Yo os lo concedo  
 como le alcance mi hijo  
 del marqués.  
 MARQUÉS: Pues ya está hecho,  
 si el dar luego es dar dos veces,  
 yo os le doy.  
 CARLOS: Eres espejo  
 de Italia y del mundo todo.

*Salen CLAUDIA y doña ELENA de  
 hombre*

CLAUDIA: El príncipe a quien por dueño  
confiesa el alma es aquéste.

MARQUÉS: ¿Cómo? ¡Dadle muerte presto!  
¡Ah, villano cauteloso!

*Sale CALVETE*

CALVETE: (A pagar de mi dinero      Aparte  
que es príncipe y más.)

MARQUÉS:                              Matadle.

CLAUDIA: Señor, por su vida ruego,

*De rodillas*

si no aborrecéis la mía.

ELENA: Un paje soy, que este enredo  
en favor de Margarita  
quise hacer.

MARQUÉS:                              Matadle presto.

DIEGO: Eso no, gran señor, que es  
una dama de Toledo  
tan ilustre como hermosa.

CALVETE: ¡Válgate el diablo el Pacheco!

LUIS: ¿Es doña Elena de Luna?

DIEGO: Sí, que vuestro olvido y celos  
la han obligado a poner  
su vida y honor a riesgo.  
La mano la habéis de dar  
de esposo.

CLAUDIA:                              ¡Extraño suceso!

CARLOS: ¿Hay más cosas en un día?

CALVETE: (¡Oh, príncipe embelequero!)      Aparte

DIEGO: Dadle esa mano.

LUIS:                                      En España  
se la juro dar, don Diego.

DIEGO: Quien da luego da dos veces.

LUIS: ¡Alto, pues! Dóysela luego.

MARQUÉS: Claudia la dé a Marco Antonio,  
a quien hago mi heredero.

CLAUDIA: Obedecerte es mi gusto.

MARCO: Esos pies humildes beso.

LUIS: Gocéis; Carlos valeroso,  
con Parma el dichoso empleo  
de Margarita.

CARLOS: A los dos  
cuanto soy y valgo debo,  
y pues que ya tiene esposa  
don Luis, para don Diego,  
guardo una hermana, y con ella  
cuatro villas.

DIEGO: No merezco  
tanta merced.

CALVETE: Eche un guante  
para mí.

CARLOS: ¿Qué quieres?

CALVETE: Quiero  
el ama que dio a mamar,  
Carlos, a vuestro hijo bello,  
que yo haré venga a criarle.

LUIS: ¿A la parida?

CALVETE: ¡Oh, qué bueno!  
Yo soy quien la emparidé.

MARGARITA: Yo el dote, Calvete, os debo.  
Venga a criarme mi hijo  
vuestra mujer.

CALVETE: Tus. pies beso.

MARQUÉS: Venid, que en Bolonia quiero  
celebrarlos todos juntos  
los ilustres casamientos.

CARLOS: Si es verdad, noble senado,  
que conforme estos ejemplos  
quien da luego da dos veces,  
dad perdón a nuestros yerros.

FIN DE LA COMEDIA

